

**Dolor y  
esperanza  
en Dabeiba**  
tras la guerra

---

**La Organización  
Femenina  
Popular:** cerrojos  
a la violencia

---

**45 días sin  
olvido** en las  
montañas de Cali

---

**Marsella:**  
hogar de los  
desaparecidos

---



# Hacia una mayor comprensión del conflicto armado, las víctimas y la historia reciente de Colombia.



Convocatoria

# 872

Tiene como objetivo conformar un banco de proyectos elegibles sobre el conflicto armado, la memoria de las víctimas, paz y reconciliación en Colombia, que contribuya a la apropiación social y generación de nuevo conocimiento.

ENTRE EL 6 DE FEBRERO Y EL 5 DE JUNIO

los grupos de investigación presentaron sus propuestas.

**85 PROYECTOS**

se radicaron, de los cuales



# 80

cumplieron con los requisitos para evaluación.

EL 11 DE SEPTIEMBRE se publicó el banco de elegibles.

# 38 PROPUESTAS

obtuvieron entre 75 y 98 puntos

EL 30 DE SEPTIEMBRE

se publicó la lista definitiva de los proyectos financiados.



# 5.600

MILLONES DE PESOS

recursos disponibles de la convocatoria.



# 17 PROYECTOS

FUERON SELECCIONADOS

Un total de **16 UNIVERSIDADES** son las que tienen adscritos los grupos ganadores.

# 5 PÚBLICAS

# 11 PRIVADAS

Las universidades están ubicadas en:

Barranquilla, Bogotá, Bucaramanga, Manizales, Medellín, Pereira y Popayán



# 49 GRUPOS DE INVESTIGACIÓN

vinculados a los **17 PROYECTOS SELECCIONADOS**:

17 grupos líder de las categorías

# A1 y A

32 grupos aliados de las categorías

# A1, A, B y C



# 18 MESES

TIEMPO DE DURACIÓN DE LAS INVESTIGACIONES.



# 311 PRODUCTOS

se espera de las investigaciones seleccionadas: libros, artículos, ponencias, vinculación trabajos de pregrado, maestría y doctorado, entre otros.

**17 JÓVENES INVESTIGADORES** serán vinculados a los proyectos mediante

# UNA BECA DE PASANTÍA DE 1 AÑO.

# CONMEMORA

## Revista Conmemora

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH)

### Editor general

Victor Andrés Álvarez Correa

### Editor periodístico

José Fernando Loaiza Bran

### Coordinadora editorial

Diana Gamba Buitrago

### Diseño y diagramación

Diana Velásquez Jiménez

### Apoyo gráfico

Luisa Natalia Gómez Parra

### Corrección de estilo

Cristina Valdés Lezaca

### Fotografías

César Romero Aroca

Daniel Sarmiento Gómez

Julio Alexander Castellanos Morales

Diana Gamba Buitrago

Natalie López Valencia Valencia

Luis Grisales Rendón

Mauricio Ramírez Vásquez

Jorge Alberto Arroyave Manco

Juan Pablo Esterilla Puentes

Periódico El País

### Artículos

Darío Acevedo Carmona

Fabio Enrique Bernal Carvajal

Sayra Benítez Arenas

María Eugenia González Vélez

Reina Lucía Valencia Valencia

Harold García Martínez

José Fernando Loaiza Bran

Jhon Bayron Bedoya Sandoval

Juan José Toro Sánchez

Edinso Culma Vargas

Luis Grisales Rendón

Juan Pablo Esterilla Puentes

Jadín Samit Vergara

### Ilustraciones

Lizeth Sanabria Ortiz

### Preprensa e impresión

Imprenta Nacional de Colombia

### Foto de portada

Daniel Sarmiento Gómez

## CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

### Director General del CNMH

Darío Acevedo Carmona

### Líder Estrategia de Comunicaciones

Victor Andrés Álvarez Correa

ISSN 2346-4046



Centro Nacional  
de Memoria Histórica

[www.centrodehistoriahistorica.gov.co](http://www.centrodehistoriahistorica.gov.co)  
[comunicaciones@centrodehistoriahistorica.gov.co](mailto:comunicaciones@centrodehistoriahistorica.gov.co)  
Teléfonos: (57 1) 7965060  
Cra. 7 # 27-18 Piso 24 Bogotá D.C. Colombia  
[www.facebook.com/CentroMemoriaH](http://www.facebook.com/CentroMemoriaH)  
@CentroMemoriaH

Editorial

6 **Exponer los horrores del conflicto armado, un reclamo de paz**  
Por Darío Acevedo Carmona

8 **Solas para preservar el saber de los ancestros**

16 **El cronista de Altos de Cazucá**

20 **Marsella: hogar de los desaparecidos**

Crónica

26 **Dolor y esperanza en Dabeiba tras la guerra**

32 **Héroes de honor: el fútbol como herramienta de reparación**

Columna

38 **Un museo para la reparación simbólica**  
Por Fabio Bernal Carvajal

Crónica

40 **La Organización Femenina Popular: cerrojos a la violencia**

Fotorreportaje

48 **Dolores ocultos tras los paisajes de Alejandría**

54 **Nombrar un colegio para recordar a Jaime**

Columna

58 **Del lado de las víctimas y sus memorias**  
Por Víctor Andrés Álvarez Correa

60 **Alba Nelly Mina: la música negra y los lugares sin color de piel**

66 **JCH, un baile de vida**

72 **Asesinato de líderes sociales, la historia en cifras del Observatorio de Memoria y Conflicto**

Columna

76 **Hacia una pedagogía social de la memoria histórica**  
Por Sayra Benítez Arenas

78 **La memoria que viaja por Macondo**

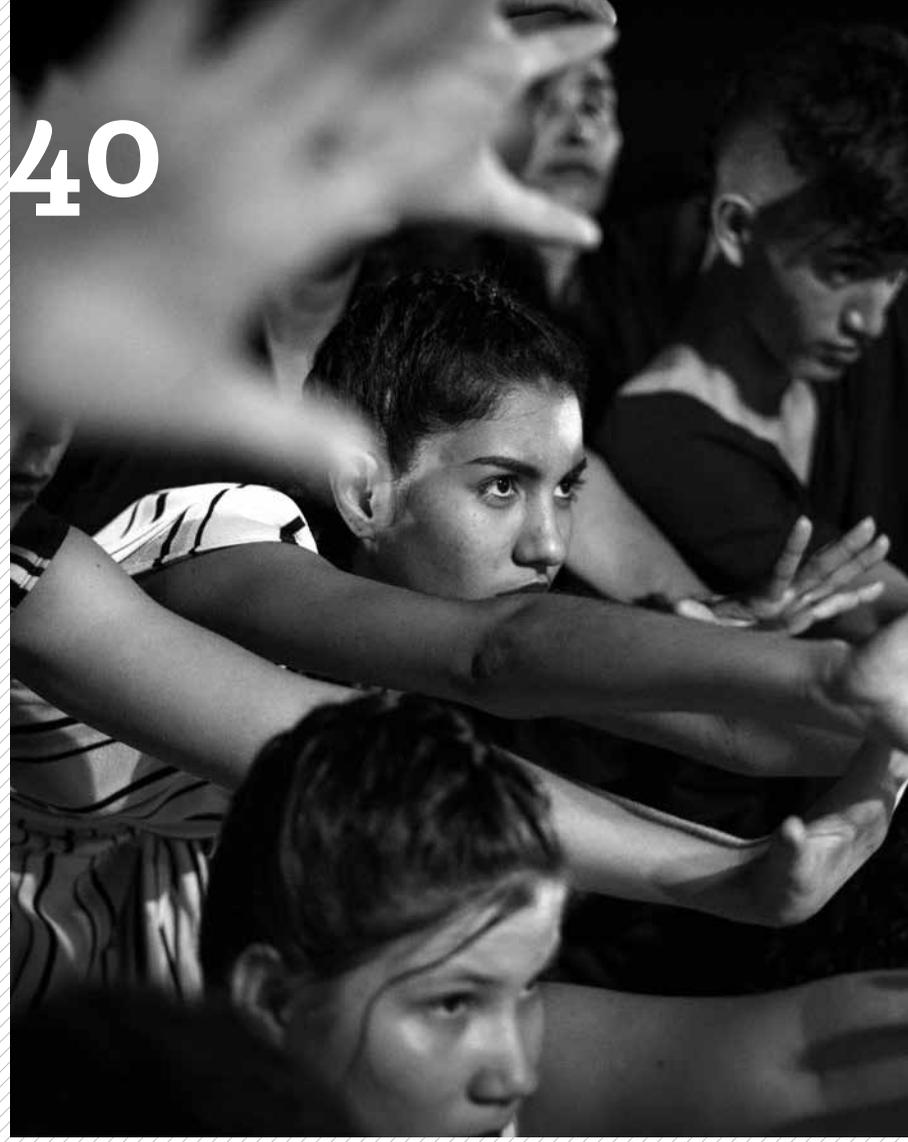
82 **45 días sin olvido en las montañas de Cali**



8



20



40



26

# Exponer los horrores del conflicto armado, un reclamo de paz

**Por:**  
Darío Acevedo  
Carmona  
*Director General  
del CNMH*



**E**n el universo plural de las víctimas nos topamos con campesinos pobres y también con hacendados, con sindicalistas y también con empresarios, con maestros, activistas políticos, comunidades religiosas, pueblos indígenas, afrodescendientes y rrom, habitantes de pueblos y municipios de la Colombia profunda, líderes, partidos y movimientos políticos, miembros de la comunidad LGBT, defensores de derechos humanos y, por supuesto, con soldados y policías\*. Todos ellos, en su correspondiente variedad de matices, colores, grados, clases, edades, sexos y creencias religiosas, por-

que todas las víctimas fueron objeto de heridas, privaciones, asaltos y daños en sus bienes y honra, en materia grave.

La construcción del Museo de Memoria de Colombia, que el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) anunció en cumplimiento del mandato de la Ley de Víctimas y el Decreto 4803 de 2011, tiene dos componentes centrales: la construcción social y la construcción física. La primera, diseñada y puesta en ejecución desde 2012, se refiere a la realización de talleres con las comunidades de víctimas, encuentros regionales y académicos y las itinerancias experimentales en varias ciudades. En todas las actividades en las que se adelantan proyectos con las víctimas se reciben y se recopilan objetos y textos de diversa índole para ser clasificados y analizados con el fin de definir su lugar de exposición. Con estos documentos, ideas, narrativas, estadísticas, mapas, conceptos e insumos, unidos a nuevas experiencias, aportes y reflexio-



El CNMH, fiel al mandato de la ley, dará al servicio el Museo de Memoria en dos años como manifestación perenne del compromiso del Estado, desde el que se convoca a los colombianos a no olvidar.

Foto: Daniel Sarmiento Gómez

nes, consolidaremos los lineamientos conceptuales y los guiones museológico y museográfico.

El CNMH ha visitado decenas de comunidades a la largo y ancho del país e incluso en el exterior para recuperar, preservar, visibilizar, dignificar y divulgar las narraciones de las víctimas, pero también ha realizado acciones de reparación simbólica dando cuenta de sus procesos de recuperación emocional, espiritual y moral, a través de los cuales las víctimas han demostrado al mundo y al país que hay caminos de superación que no implican llamados a la venganza, creando ambientes de paz, convivencia y reconciliación. El pueblo colombiano y las víctimas de fenómenos de violencia política de reciente ocurrencia han demostrado una inmensa capacidad de perdonar a los victimarios que con sinceridad piden perdón.

El CNMH, fiel al mandato de la ley, dará al servicio esta obra en dos años como

testimonio perenne del compromiso del Estado, desde el que se convoca a los colombianos a no olvidar, desde donde pretendemos que las generaciones actuales y las venideras exijan a los victimarios refrendar con firmeza su compromiso de no repetición, de que nada excusa la inhumanidad de sus acciones, y que entiendan que la generosidad de la democracia y la magnanimidad de la ciudadanía no son incondicionales.

El rescate de la memoria de las víctimas de crímenes horribles no puede ser en vano porque se inspira en aquellos deseos profundos de recuperar los espacios de la vida tranquila, de la convivencia con seguridad, del respeto por las diferencias y del rechazo a la violencia. No hay, por parte del CNMH, ninguna duda, ninguna vacilación, ninguna incoherencia, ninguna debilidad en reconocer los hechos horribles que se cometieron afectando principalmente a la población civil. Queremos que la memoria perviva como vivencia propia de los seres humanos. Lo vivido y lo sufrido hacen y harán parte de nuestra existencia, pero, debemos aspirar a que esas narrativas del dolor y la resiliencia estén dirigidas a evitar que las comunidades y la ciudadanía sean sometidas de nuevo al sufrimiento. 

\* Apartes de las palabras del Director General del CNMH, Darío Acevedo, en la ceremonia de colocación de la primera piedra del Museo de Memoria, 5 de febrero de 2020, Bogotá D.C.

# SOLAS PARA



Fotos: César Romero Aroca

# EL SABER DE LO

# PRESERVAR

**Por:** María Eugenia González Vélez  
*Estrategia de Reparaciones del CNMH*

La guerra ha espantado a los hombres y al poder del jaibaná. Las mujeres de los pueblos indígenas del Chocó cargan el peso de la única esperanza para evitar que sus saberes ancestrales desaparezcan.

“Si no hay tierra no hay comida, no hay cultura, no hay vida”, dice María Guasarupa Domicó, indígena embera, gobernadora del resguardo Cuti, en Unguía, Chocó. Ella –con su madre, cuatro hermanas y sus respectivos hijos– resistió la guerra y el desplazamiento de familias completas desde finales de los noventa por amenazas de las Auc, enfrentadas con las Farc por el control del territorio. Su madre, María Albertina, gran sabedora de su pueblo, tenía claro que desplazarse era la misma muerte.

El desplazamiento dejó a cinco mujeres –cuatro de ellas con hijos pequeños– en una encrucijada: irse o resistir, y la segunda fue la decisión. Aprendieron a construir tambos, labores de hombres, a pescar y cazar hasta que se los prohibieron. También aprendieron a aguantar hambre durante días. Eso no las venció, tampoco la violencia sexual contra aquellas que no alcanzaron la selva para esconderse de los hombres armados.

De la selva, que era gran parte del territorio, quedaron pastizales con manigua inconexa. El zaíno, la guagua y otros animales de monte que eran parte de la dieta comenzaron a escasear al tiempo que aumentaba el ganado con las políticas gubernamentales que fomentaron la colonización ganadera desde los setenta. Los lugares sagrados y de reserva –que en la cosmovisión embera guardan el equilibrio de los espíritus– fueron profanados.

Resguardo Cuti. Las mujeres de los pueblos indígenas del Chocó intentan que no se pierdan sus tradiciones, amenazadas por el olvido en territorios afectados por el conflicto armado.

# OS ANCESTROS



La avanzada colonizadora de campesinos, terratenientes, narcotraficantes y grupos armados ilegales obligó a esta comunidad seminómada a asentarse para defender el territorio donde vivían desde los ochenta, prestado por el pueblo Gunadule ante la pérdida de sus tierras en San Jorge, Córdoba.

El desequilibrio en Cuti trajo enfermedades y conflictos que se profundizaron sin el jaibaná, médico tradicional con sabiduría para manejar los espíritus, que antes de desplazarse vio reducido su poder sanador por la disminución de plantas medicinales y la prohibición armada de ir a la montaña para conseguirlas. Esto y el éxodo de hombres y familias hacia Tierralta, Córdoba, por “la enfermedad de la tristeza”, cortaron la transmisión de sus saberes. Las mujeres debieron preservar las tradiciones, orientar a la comunidad, construir y narrar la memoria colectiva.

Ante el retorno paulatino de familias desplazadas, la comunidad tiene hoy entre sus retos los de recomponer esos lazos rotos y perpetuar su memoria.

Cuti es uno de los seis casos que acompaña en el momento la Estrategia de Reparaciones del CNMH, en cumplimiento de las sentencias de restitución de derechos territoriales de comunidades indígenas. El mandato de la entidad es profundizar en las afectaciones a los derechos humanos para que el país conozca lo que pasó en el conflicto armado y generar acciones de reparación simbólica, según los requerimientos de las comunidades.

Para cumplir este mandato, el equipo de la Estrategia de Reparaciones en el Pacífico ha concertado con representantes de los resguardos Cuti y Tanela (etnia Embera Katío), Eyákera (Embera Dóvida) y Arquía (etnia Gunadule), en Unguía; Mondó Mondocito (etnia Embera Katío), en Tadó, y Santa Marta de Curiche (etnia Wounaan), en Juradó.

En estos procesos resaltan las marcas comunes de la violencia contra los pueblos indígenas; el despojo, abandono y confinamiento del que han sido víctimas, y los énfasis propuestos por ellos: armonizar el territorio, tener más que la palabra narrada para activar la memoria y fortalecer los saberes ancestrales que han salvaguardado principalmente las mujeres para reconstruir lazos entre la cultura, el territorio ancestral y las futuras generaciones.



Hoy las mujeres intentan salvaguardar tradiciones como el tejido de molas, los tejidos con chaquiras, la danza, la preparación de alimentos, los cantos y la pintura corporal con jagua.



**Resguardo  
Santa Marta  
de Curiche  
(etnia  
Wounaan).  
El CNMH  
acompaña seis  
procesos de  
reparación en  
comunidades  
indígenas de  
Unguía, Tadó  
y Juradó,  
en Chocó.**





**El territorio, la selva; lo máspreciado para los pueblos indígenas del Chocó. Paisaje del resguardo Cuti (etnia Embera Katío), en el municipio de Juradó.**

## Armonizar el territorio

Al cerro sagrado Takar Kuna llegaron, desde las estrellas, los indígenas del pueblo Gunadule, según narran los sabios sailas. Allí mismo, el conflicto armado rompió el equilibrio entre el 19 y el 22 de enero de 2003, cuando paramilitares del Bloque Élder Cárdenas asesinaron a seis indígenas en las comunidades de Paya y Púculo, en Panamá, entre ellos varios sailas. Este hecho y la siembra de minas antipersonal clausuraron la trocha ancestral que comunicaba al pueblo en las dos naciones.

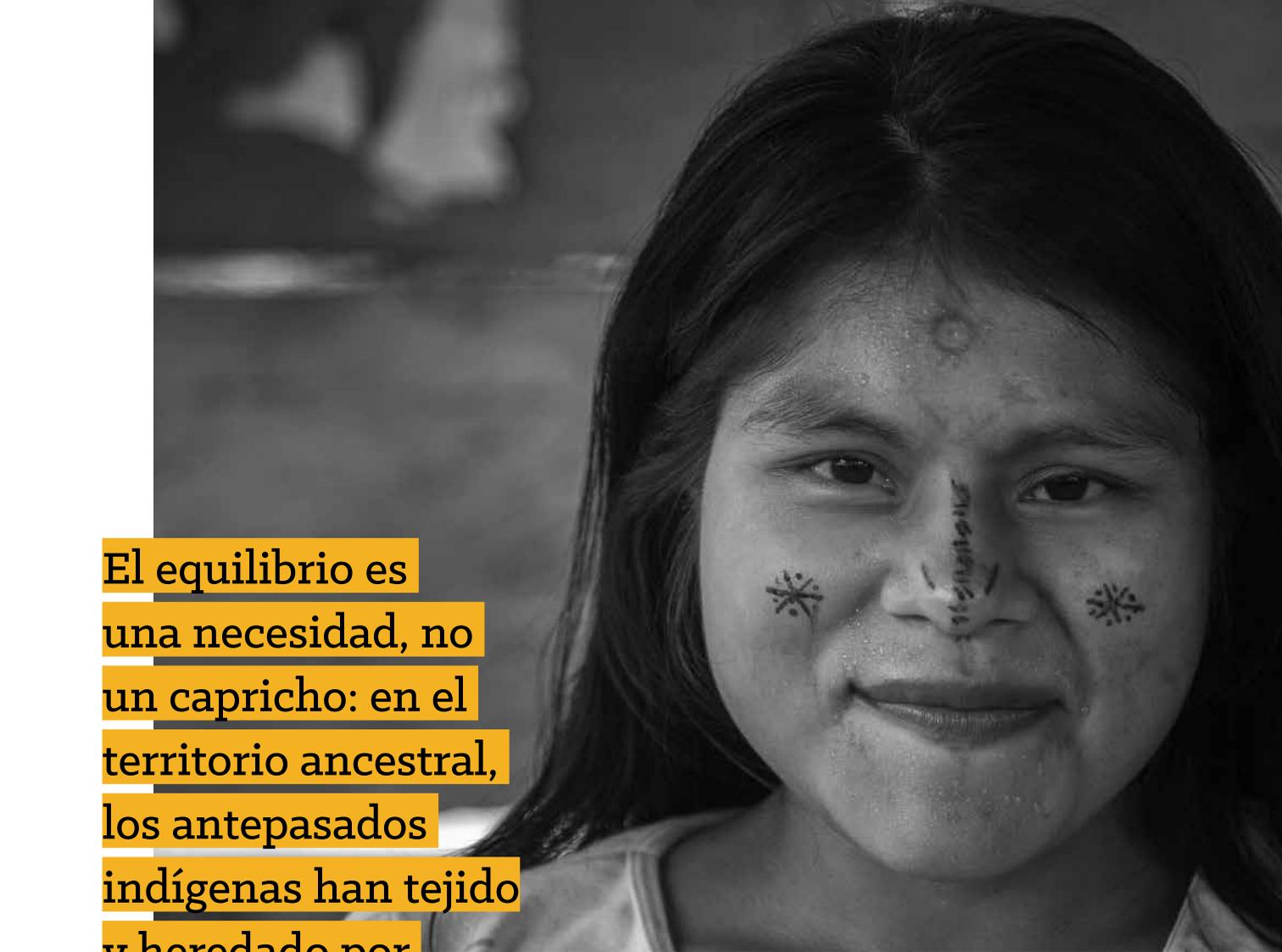
Dieciséis años después, los pueblos que se resisten a perder contacto entre ellos abrieron la trocha, pero la vida no se ha equilibrado: “La memoria es una espiral, no miramos el tiempo de forma lineal como ustedes; para nuestro pueblo el pasado se reactualiza constantemente en el presente”, explicó uno de los líderes, que propuso como medida de reparación un entierro simbólico en el sector de Paya y un jardín en espiral como lugar de recuerdo en el corregimiento de Púculo.

El equilibrio es una necesidad, no un capricho: en el territorio ancestral, los antepasados indígenas han tejido y heredado por generaciones sus formas de estar y entender el mundo. La tierra no es sólo materialidad sino sustento de identidad y armonía individual y colectiva que sufre daños con la profanación, tal como lo expresa el Decreto Ley 4633 de 2011, que permite considerar el territorio como víctima del conflicto armado.

## Salvuarda de saberes ancestrales

“Los hombres hemos perdido la tradición en el vestir”, reconoce Héctor, líder wounaan. Antes usaban un guayuco o tocado sobre sus genitales y andaban descalzos, hasta que las burlas en cascos urbanos como el de Juradó hicieron que los “indios patirrajados”, como eran llamados, quisieran parecerse a los “libres”, con zapatos, camisa y pantalones. Las mujeres conservan la paruma –falda hecha con un corte de tela de colores intensos– anudada a la cintura, y las más adultas dejan en ocasiones sus senos descubiertos a la vieja usanza. A veces los cambios se han dado por amenazas: “la próxima vez no los queremos ver así pintados en el pueblo”, le advirtió un hombre armado a un líder del resguar-





**El equilibrio es una necesidad, no un capricho: en el territorio ancestral, los antepasados indígenas han tejido y heredado por generaciones sus formas de estar y entender el mundo.**

do Tanela por llevar la pintura tradicional, con jagua, utilizada para decorar y proteger el cuerpo.

Para los pueblos indígenas, mantener las tradiciones no solo es una decisión personal. Hace 25 años Emilio tallaba “potrillos” para navegar y no para decorar. Los construía con las maderas finas que abundaban en Tanela y los intercambiaba por otros productos en el Bajo Atrato. Hoy talla canoas decorativas en balsa, debido al confinamiento de la comunidad por parte de hacendados y campesinos que hace más de dos décadas han ocupado el 75 por ciento del resguardo y modificado la selva para la ganadería.

Los indígenas perdieron la autosustentabilidad que les daban la tierra, la caza, la pesca y la siembra. Es una ironía que hoy subsistan del trabajo y jornal en las haciendas ganaderas en su territorio ancestral.



La cestería, la cocina tradicional, el tejido en chaquiras y la danza se han debilitado. La lengua persiste como elemento común en las comunidades, y a pesar de incluir con el tiempo palabras de “libres”, ha permitido el reconocimiento como pueblos indígenas. “Cuando usted piensa en la subsistencia y en salvaguardar su vida no hay lugar para las tradiciones ni para la cultura, solo para preocuparse por sobrevivir”, señala Patricia, indígena wounaan del resguardo Santa Marta de Curiche.

Hoy las mujeres intentan salvaguardar tradiciones como el tejido de molas, los tejidos con chaquiras, la danza, la preparación de alimentos, los cantos y la pintura corporal con jagua. La escuela e incluso las visitas de instituciones en cumplimiento de sentencias de restitución han servido para que ellas, en compañía de niños y niñas, presenten sus saberes para dinamizar espacios de enseñanza para que no mueran estas tradiciones.

## Mecanismos para no olvidar

El conflicto armado ha fracturado el territorio y la memoria de las comunidades indígenas. La memoria, que se compartía, construía y recreaba a través de la palabra hablada, hoy, ante la amenaza del olvido, deja espacio para mecanismos particulares. Las comunidades demandan como estrategias de reparación construir herramientas escritas y audiovisuales para la transmisión de saberes hacia las nuevas generaciones.

“No somos de la palabra escrita, pero vemos la necesidad de que quede algo escrito de nosotros para que las generaciones venideras y para que los niños en la escuela puedan aprender y estudiar sobre la historia de la comunidad”, señala una indígena embera katio.

**Resguardo Cuti (etnia Embera Katio). El vestido, la pintura corporal con jagua, los tejidos, cantos y danzas, son elementos de la tradición de los pueblos indígenas, amenazada por grupos armados y por el olvido.**

Así, cartillas pedagógicas con las historias de vida de las mujeres que resistieron la guerra en el resguardo Cuti; videos documentales sobre la danza, la preparación de alimentos, la caza y rituales jaibanísticos en el resguardo Río Curiche, y sobre formas de resistencia como la Guardia Indígena en el resguardo Mondó Mondocito, hacen parte de los procesos en los que participan el CNMH y las comunidades para construir memoria colectiva, entender el conflicto armado y saber cómo nos ha afectado de maneras distintas, como nación pluriétnica y multicultural.



# El cronista *de Altos* *de Cazucá*

**Por:** Reina Lucía Valencia Valencia  
*Dirección de Acuerdos de la Verdad del CNMH*  
**Fotografías:** Julio Alexander  
Castellanos Morales

Roberto, el Profe, vive en el municipio de Soacha desde 1997. De su entorno saca los apuntes para aportar a su comunidad a través de obras literarias.

A man in a white shirt is shown from the chest up, standing in a cluttered office. He is looking towards the camera with his hands slightly open. In the background, there is a desk with a computer monitor displaying text, a keyboard, and various papers and books. The lighting is warm and yellowish. The text is overlaid on the image in a white, sans-serif font.

La vida en Soacha,  
el municipio con  
mayor cantidad  
de personas  
desplazadas en el  
país, ha inspirado  
la obra literaria  
del Profe, un  
cronista que  
se gana la vida  
como obrero de  
construcción.



Roberto relata con una sensibilidad profunda la realidad desgarradora que se vive por cuenta del abandono estatal, el conflicto armado y las problemáticas sociales.

**R**oberto Martínez, más conocido como el Profe por los habitantes de Altos de Cazucá, ha sido testigo, protagonista y cronista de lo que allí sucede. Nació en Córdoba, Montería, estudió literatura infantil en Venezuela y, en búsqueda de nuevas oportunidades, llegó hace 23 años al municipio de Soacha, al sector de Altos de Cazucá, lugar que lo ha conmovido e inspirado para escribir sus historias. Roberto relata con una sensibilidad profunda la realidad desgarradora que se vive por cuenta del abandono estatal, el conflicto armado y las problemáticas sociales.

Soacha es el municipio que concentra la mayor cantidad de población desplazada en Colombia, según el Centro de Investigación y Educación Popular/Programa por la Paz. Sus habitantes no tienen vías de acceso ni acueducto ni hospitales ni transporte público. El microtráfico, las bandas delincuenciales y los actores armados también hacen parte de este panorama de miseria y violencia, al punto que sus pobladores viven bajo una amenaza de muerte muy fuerte.



La literatura, el periodismo y la memoria histórica se conjugan en la vocación de Roberto Martínez; esa que alterna con el trabajo en la construcción para poder sobrevivir.

Como conocedor de la problemática social y de violencia que se vive en este territorio ubicado al sur de Bogotá, la capital del país, Roberto también se ha destacado como un líder comunitario comprometido con la gente, en especial con los niños y las niñas, los jóvenes y las mujeres.

Roberto Martínez realiza un trabajo sistemático sobre la violencia de Altos de Cazucá. Día a día, reseña los hechos violentos en un calendario grande que tiene colgado en una de las paredes de su casa y apunta los sucesos que escucha o ve directamente, o que le cuenta la gente del sector, en papelitos que van a dar a una mochila que cuelga de una puntilla.

El Profe sistematiza y analiza toda esa información de manera juiciosa. Tiene varias publicaciones, la más reciente se titula *Cazucá, entre el cielo y el infierno*. Su trabajo no ha tenido remuneración ni respaldo institucional, por lo que las condiciones en las que vive son precarias. Según sus palabras, su satisfacción ha sido el poder ayudar a su gente, a su comunidad. Para sobrevivir trabaja en “la rusa” (obrero de la construcción) y su sueño es

poder publicar sus libros y recibir apoyo para continuar realizando su trabajo.

Entre 1998 y 2005 llevó a cabo un proceso de literatura infantil que tenía como fin motivar la lectura con población en situación de desplazamiento y violencia sexual. De 2005 a 2015 trabajó en la “musicalización de la palabra” a través de la literatura con mujeres desplazadas y víctimas de violencia sexual, y como resultado de este proceso se creó la Fundación Yo también soy madre. Actualmente, busca apoyo para la publicación y difusión de los cuatro tomos del libro *Cazucá, entre el cielo y el infierno*.

Ha sido testigo, protagonista y conocedor de los miedos, los dolores, y las heridas abiertas, constatando en sus crónicas que el pasado no se ha cerrado. ∞

# Marsella: hogar de los desaparecidos

En el cementerio de Marsella, Risaralda, hay más de 300 cuerpos sin identificar, víctimas del conflicto armado en el Norte del Valle del Cauca. Sus habitantes ayudaron a que muchos fueran encontrados por sus familiares.

El Cementerio Parroquial Monseñor Jesús María Estrada, de Marsella, con sus tumbas distribuidas en escalera, fue construido en 1928 por Julio César Vélez.

**Por:**  
Harold García  
Martínez  
*Equipo de Apoyo  
a Iniciativas de  
Memoria Histórica  
CNMH*  
**Fotos:**  
Diana Gamba  
Buitrago

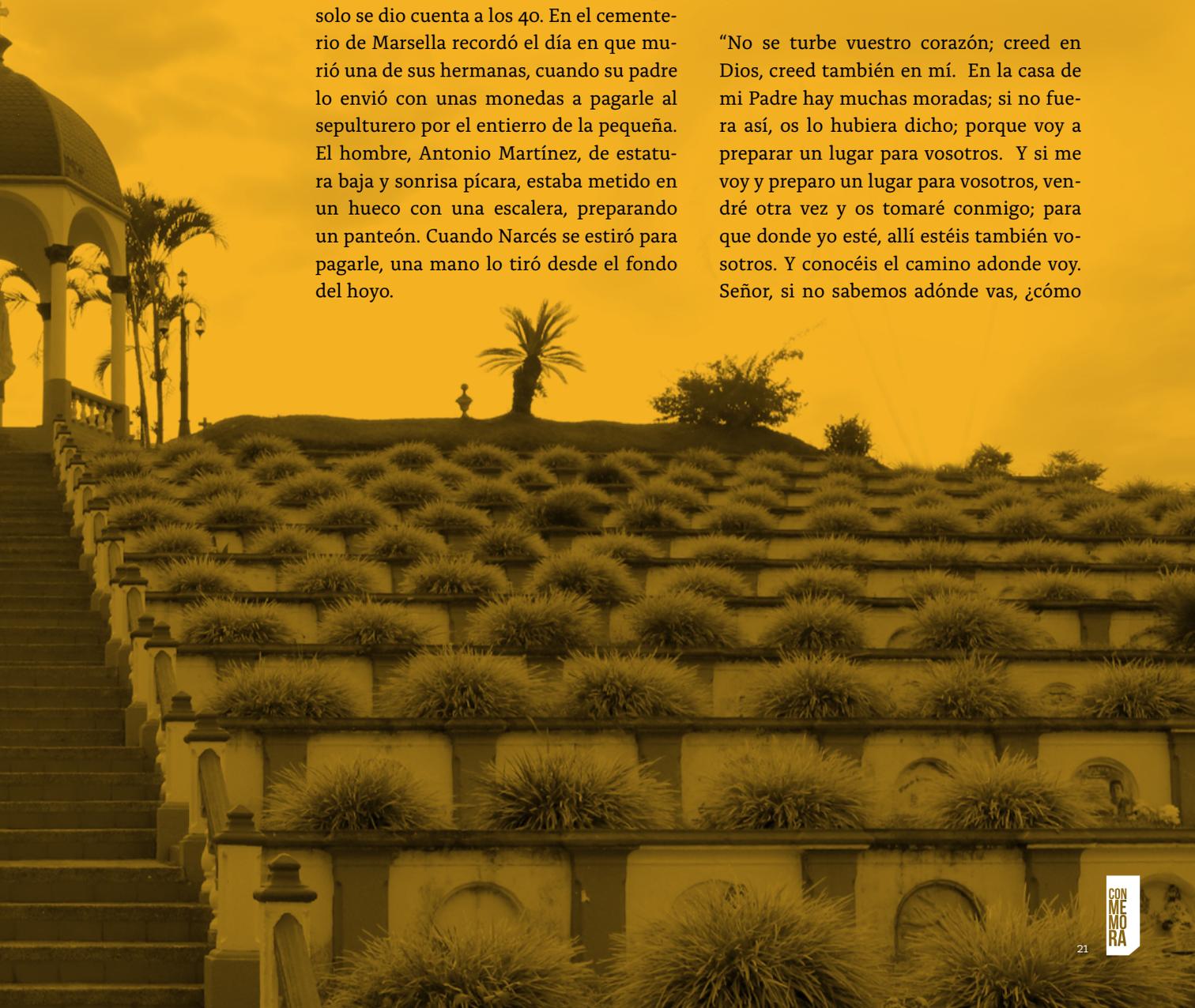
**N**arcés Palacio tenía 57 años cuando un infarto lo alejó de su labor en el Cementerio Parroquial Monseñor Jesús María Estrada, de Marsella, en Risaralda. Estaba agotado tras dedicar gran parte de su vida al trabajo en el campo y 14 años más al cuidado del camposanto. Narcés, ahora vendedor de dulces en el mercado del pueblo, dice que llegó a ser sepulturero señalado por el destino.

Desde pequeño le dijeron que los muertos asustaban, pero el rumbo en su vida quedó marcado cuando tenía 12 años, aunque solo se dio cuenta a los 40. En el cementerio de Marsella recordó el día en que murió una de sus hermanas, cuando su padre lo envió con unas monedas a pagarle al sepulturero por el entierro de la pequeña. El hombre, Antonio Martínez, de estatura baja y sonrisa pícaro, estaba metido en un hueco con una escalera, preparando un panteón. Cuando Narcés se estiró para pagarle, una mano lo tiró desde el fondo del hoyo.

“El viejo Antonio cogió los 50 pesos que le había enviado mi papá y me los devolvió por la chanza que me hizo. Me tomó la cabeza y me dijo que yo iba a ser sepulturero. Yo lloraba porque no quería ser sepulturero”, cuenta Narcés al caminar por el cementerio.

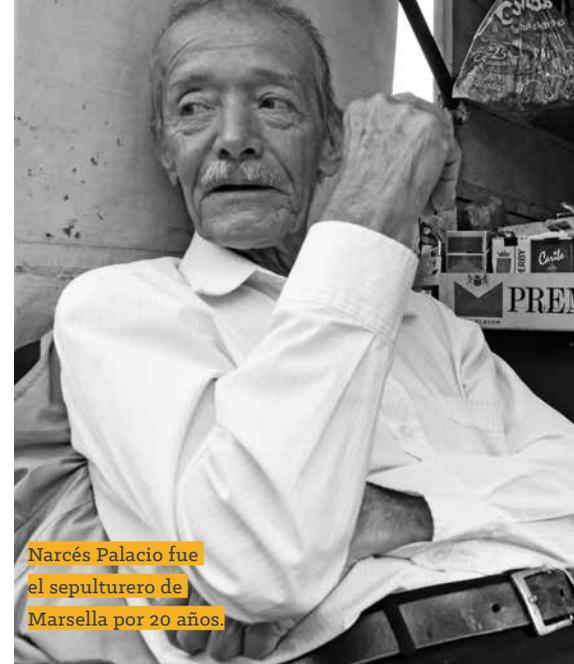
Narcés se convirtió en el mejor amigo de los muertos en el cementerio. Conversaba con cada uno de los que llegaba, sobre todo con los cuerpos sin identificar, a los que les rezaba cada día:

“No se turbe vuestro corazón; creed en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo hubiera dicho; porque voy a preparar un lugar para vosotros. Y si me voy y preparo un lugar para vosotros, vendré otra vez y os tomaré conmigo; para que donde yo esté, allí estéis también vosotros. Y conocéis el camino adonde voy. Señor, si no sabemos adónde vas, ¿cómo





Marsella es un lugar tan tranquilo que parece cualquier cosa menos el hogar de cientos de cuerpos sin identificar.



Narcés Palacio fue el sepulturero de Marsella por 20 años.

**En Marsella sintieron el dolor ajeno como propio y los grupos armados los amenazaron por recoger o informar sobre los cuerpos.**

vamos a conocer el camino? Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí”.

Se aprendió aquel pasaje bíblico del evangelio de Juan y lo repite como las tablas de multiplicar. “Desde el primero que sepulté hasta al último, les recé. Todos los días los saludaba, nunca me sentí solo. ‘Hermano, ya lo tapé, mañana vuelvo, descansa ahí’. Yo los saludaba a todos y me parecía que ellos me respondían. Traía agua y les daba”, cuenta Narcés. Hacía el mismo ritual con cada desaparecido y hoy en día sigue orando por ellos.

Narcés o Sepu, como todavía lo llaman, vivió como sepulturero esa época de horror del conflicto armado. Marsella era un pueblo tranquilo y lo sigue siendo, pero se vio manchado por el estigma de la guerra. Los muertos de la violencia en el Norte del Valle bajaban por el río Cauca hasta el corregimiento de Beltrán, a una hora del casco urbano por carretera destapada, y los números convirtieron al pueblo en uno de los más violentos de Colombia.

A finales de 2018, en el cementerio de Marsella había más de 300 cuerpos sin identificar, según datos de Medicina Legal, en su mayoría, colombianos que la violencia alejó de sus familias.

Quizás sea por el don de gentes que tienen los habitantes de Marsella, pero la guerra en el país los involucró de una manera insospechada. Quienes vivieron en Beltrán entre finales de los ochenta y principios de los noventa recuerdan esa época, cuando el río traía más cuerpos que peces para comer.



“Era muy triste ver familias con ese dolor, y uno con hijos se imagina lo que una persona siente al perder al suyo. No es satisfactorio llegar y encontrar al ser querido muerto, pero era muy reconfortante que por lo menos lo encontrarán. Muchas personas se fueron sin encontrar a ese ser querido y esa incertidumbre es muy dolorosa”, dice Araceli Muñoz, que ha vivido en Beltrán 28 de sus 42 años.

Eclipsando el calor de la 1:00 de la tarde debajo de un árbol, Araceli recuerda que el primer cadáver que vió, a los 15 años, era el de un hombre mayor que la persiguió en sueños por mucho tiempo. “Hubo una época donde la gente se venía de otras partes del país y se sentaban a la orilla del río a ver si el cuerpo que bajaba era el de su familiar, había muchos cuerpos. A uno le dolía ver cómo las personas sufrían”, cuenta.

Narcés también recuerda ese desfile de personas buscando algún familiar. Los cuerpos que venían por el río desde Cali, Tuluá, Cartago, Buga o Jamundí quedaban atrapados en un remolino en Beltrán y las autoridades los llevaban al cementerio de

Los cerca de  
450 cuerpos que  
llegaron a Marsella  
flotando por el río  
Cauca ubicaron a  
este municipio en  
el primer lugar de  
la estadística de  
violencia en el país  
a principios de los  
noventa.

Marsella. “Lo primero que solicité fue la creación de la morgue. Yo decía: ¿por qué llegan tantos cuerpos a Marsella? Todos los que mataban en el Valle los lanzaban al Cauca. Yo llegué a tener 24 cuerpos para enterrar que eran N.N., en su mayoría hombres. Me levantaba sicosiado a las 4:00 de la mañana para ir al cementerio a contarlos, que estuvieran todos. Ahí aprendí que un muerto no hace nada, son los vivos. Después llegaba la doctora a hacer las necropsias. Esto se llenó de gente, en carros y en buses, que venían a buscar a sus seres queridos”, dice Narcés con voz pausada.

Sentado en su caseta de dulces, al atardecer, Narcés cuenta que no le da miedo estar en el cementerio. Vive cerca, por eso todos los días les reza cualquier padre nuestro o avemaría a sus antiguos amigos enterrados. “Yo les prometí que iba a rogar por ellos”, dice.

Marsella es un lugar tan tranquilo que parece cualquier cosa menos el hogar de cientos de cuerpos sin identificar. Allí fue a parar Jorge Orozco, huyendo de las amenazas



de la guerrilla que lo sacaron de Lejanías, Meta. Hace 17 años desapareció una de sus hijas, Leidy Johana Orozco, de 16 años, en Río Blanco, Tolima. “Me dijeron que la habían visto en las filas de las Farc, pero nunca la hemos vuelto a ver. Un muchacho me dijo que podía estar en una fosa en el piedemonte llanero, en el páramo de Sumapaz, que va a parar al llano”, revela.

Jorge vive en Marsella porque se siente en paz. Se identifica con quienes están buscando alguno de los cuerpos sin nombre en el cementerio. Es la misma lucha que él está librando, el mismo dolor eterno. Hoy pide que los desmovilizados de las Farc le digan qué suerte corrió su hija.

También apoya a los familiares en su búsqueda porque entre 2006 y 2007 trabajó en una hacienda cerca del río, donde llegaron algunos cuerpos que venían del

En Beltrán,  
corregimiento a una  
hora de la cabecera  
de Marsella,  
los pescadores  
rescataban los  
cuerpos que bajaban  
flotando en el río  
a finales de los  
ochenta y principios  
de los noventa.

Norte del Valle del Cauca, imágenes que lo marcaron. “Vi pasar muchos cuerpos con los gallinazos devorándolos. Pero eso ya no era casi nada, antes bajaban muchos más. Yo estaba pescando, un compañero mandó la atarraya y sacó un bulto. Uno pesca de noche, fuimos a la orilla y era un cuerpo desmembrado. Otra vez sacamos una cabeza”, cuenta.

En Marsella sintieron el dolor ajeno como propio y los grupos armados los amenazaron por recoger o informar sobre los cuerpos. “Hubo una época donde la gente se levantaba a ver los muertos pasar por el río, porque daba miedo recogerlos”, dice Jorge.

En el cementerio de Marsella, el frío de la madrugada se combina con la oscuridad que trata de iluminar la luna oculta. De día o de noche, allí tienen su hogar los desaparecidos por la violencia. 



## II SEMINARIO de Archivos, Derechos Humanos, Memoria Histórica y Transparencia

Accede a **los contenidos**  
y a **la información** de  
nuestro **II Seminario**,  
que se **llevó a cabo** del  
**27 al 31 de Julio** del 2020.

Para más información  
**INGRESA AL MICROSITIO**

<http://t.ly/LD4M>



Centro Nacional  
de Memoria Histórica

DIRECCIÓN DE ARCHIVO DE  
LOS DERECHOS HUMANOS



**Por:** José Fernando Loaiza Bran  
*Estrategia de Comunicaciones CNMH*  
**Fotos:** Natalie López Valencia

# Dolor y esperanza en **DABEIBA** tras la guerra



Guerrilla y paramilitares se pelearon el control del pueblo más de tres décadas. De fusiles, venganzas, palazos y abismos, habla la gente que espera no volver a escuchar los disparos y quiere saber de sus desaparecidos.

**En Dabeiba residen más de 7.000 indígenas del pueblo Embera Katío. Sus comunidades también han sufrido con el conflicto armado.**

El “tobogán”, al borde de la carretera, junto al túnel de La Llorona. Muchos testimonios narran historias de víctimas de grupos armados que habrían sido lanzadas al río Sucio.

En Dabeiba, los paramilitares impusieron una estrategia de terror: “el camino al cielo”. Aún la recuerdan los que vivieron en el pueblo entre finales de los noventa y principios de los 2000. Hombres armados merodeaban las calles en una camioneta –ventanas y puertas cerradas–, de pronto le cerraban el paso a cualquiera, le daban un golpe en la cabeza con un bate de béisbol y lo subían al platón. Allí empezaba la ruta hacia la muerte y la búsqueda sin fin para la familia.

Las desapariciones no son novedad en este municipio del Occidente de Antioquia. Lo es la esperanza entre quienes sufren todavía por desconocer la suerte de alguien cercano.

Magdalena ríe a menudo, lo mismo después de soltar un apunte mordaz que mientras habla de los días en que conoció el miedo. Magdalena no se llama Magdalena. Teme que su testimonio le traiga problemas si se conoce su verdadero nombre. Muchas veces la fueron a buscar a su negocio o la citaban para cobrarle la extorsión. Las balaceras le tocaron siempre fuera de casa; entonces tenía que esconderse don-



Restos de una construcción defensiva a las afueras de Dabeiba. El Ejército cumple labores de vigilancia en el sector de Alto Bonito, un mirador hacia el casco urbano.



de estuviera hasta escuchar silencio. El 24 de septiembre de 1998, guerrilleros de los frentes 5, 34 y 58 de las Farc atacaron el pueblo. Destruyeron las sedes del Banco de Bogotá, Bancafé y la Caja Agraria, un supermercado y la cárcel.

“Estábamos con 15 niños en la Casa de la Cultura, donde hoy es la Registraduría, en el salón que prestaban para las danzas. Tengo en mi mente a ese señor, armado que ni Rambo, con las balas cruzadas en el pecho y una tambora que lanzaba granadas o yo no sé qué. Nos pegó una insultada tremenda y luego soltó un rafagazo”, dice.

Desde las 7 de la noche hasta el amanecer, los guerrilleros recorrieron las casas, llevaban una lista con los nombres de supuestos paramilitares que vivían en el pueblo. Se llevaron a 12 personas, mataron a ocho más (incluyendo dos policías) e hirieron a 17.

“Uno no sabe por qué. Primero nos dio fue risa. En medio de esas balaceras nos reímos con los niños, los cuatro adultos que estábamos con ellos. Después de que nos reímos tanto, nos cogió una chilladera... chillamos hasta que nos deshidratamos y cuando se

**En el Dabeiba de hoy se cruzan exguerrilleros y quienes fueron paramilitares y hasta se juntan en los convites mensuales que promueve la alcaldía para mejorar una vivienda rural cada vez.**



Leyton Urrego, actual alcalde de Dabeiba, también fue marcado por la violencia a finales de los ochenta. Como comerciante, sufrió extorsión, los asesinatos de un hermano y su expareja e intento de homicidio.

calmó el ataque, porque no había quién les respondiera, cuando hubo ese silencio, nos dormimos en medio de la guerra”, explica Magdalena.

En Dabeiba, municipio de paso obligado hacia Urabá, ocurrieron 194 acciones de conflicto armado entre 1990 y 2013. Las Farc arrasaron el pueblo en 1998 y 2000. También grupos paramilitares cometieron varias masacres, entre ellas el asesinato de 18 campesinos en noviembre de 1997. La localidad tiene 16.477 personas en el Registro Único de Víctimas, el 71 % de la población total.

Julio Romero Loaiza, campesino de 76 años, habitante de la vereda Murrupal, cuenta que un día, hace más de 20 años, estaba echando azadón con otro labriego cuando quedó en medio de los disparos del Ejército y la guerrilla. Se tiraron al suelo y esperaron debajo de unas matas a que la noche los protegiera por el camino a la casa. Empacó lo que pudo llevar y se fue a vivir donde una cuñada, en Medellín.

“Lo que teníamos, unas bestias, las gallinas... todo eso se perdió”, se lamenta. A los ocho meses, cuando volvió, la finca donde sembraba frijol, yuca y café era puro monte.

Muchos campesinos, amenazados por las balas, se metieron al monte durante días y noches —dormían en las trojas, construcciones rústicas para guardar herramientas en medio de los cultivos— y cualquier día escapaban a la cabecera o a Medellín sin saber siquiera qué iban a comer.

Óscar Higueta recuerda las veces que, siendo niño, bajó al pueblo con su papá en días de mercado y lo encontraban todo destruido. También la caminata de dos horas desde la vereda Carrá, sin regreso, después de que mataran a un vecino porque había sido, en otro tiempo, del partido de la UP.

Dabeiba tiene cuatro corregimientos y 117 veredas. El censo de 2018 contó 23.044 habitantes, entre ellos más de 7.000 indígenas embera de 11 resguardos. También ellos dan cuenta del asesinato de 45 de sus líderes y el desplazamiento de más de 500 miembros de sus 36 comunidades, motivos por los que los indígenas piden ser reconocidos como víctimas.

El alcalde, Leyton Urrego, dabeibano de 57 años, muestra la cicatriz que le quedó después de cinco disparos y dos puñaladas que le dieron por no pagar una extorsión, a finales de los años ochenta. La guerri-

lla mandaba no solo en Dabeiba, sino en los municipios vecinos de Urabá. Para ese entonces ya habían matado a su hermano mayor, con quien administraba una discotienda, que era el negocio de la familia.

“A la mamá de mis hijos mayores la mataron delante de mi hijo que tenía siete años, por no pagar una vacuna de un millón de pesos. Fue un trauma muy grande, él decía que se iba a meter de soldado para matar a toda gente”, recuerda el mandatario. Después se fue del país por varios años y cada vez que llamaba por teléfono le contaban de nuevos asesinatos.

Cuando regresó a Dabeiba ya mandaban los paramilitares, que mataban de manera humillante para el escarmiento público, para gobernar con el miedo. También habla del camino al cielo y del “tobogán”, el sitio exacto, al borde de la carretera, a cinco kilómetros hacia el cañón de La Llorona, donde lanzaban a sus víctimas en caída vertical entre la maleza hacia el río Sucio.

En el Dabeiba de hoy se cruzan exguerrilleros y quienes fueron paramilitares y hasta se juntan en los convites mensuales que promueve la alcaldía para mejorar viviendas rurales. En la vereda Llano Grande se ubicó uno de los Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación (ETCR) con 200 excombatientes de las Farc que dejaron atrás los rencores de la guerra. El 29 de febrero

de este año, en un acto llamado “El ritual del perdón”, en el que el partido de las Farc pidió perdón a las comunidades indígenas por los daños de la guerra, el alcalde Urrego se sentó en la mesa con Pastor Alape, delegado del partido Farc; Francesc Claret, jefe regional en Antioquia de la Misión de Verificación de la ONU, y Lorena Mesa, subdirectora nacional de la Unidad para las Víctimas del Gobierno nacional.

Tras el silencio de los fusiles, la crueldad de la guerra que se libró desde los años ochenta al borde del cañón del río Sucio ha comenzado a revelar sus muertos, los nombres verdaderos en las tumbas con inscripciones ajenas. Y la gente ha comenzado a hablar de sus encuentros con el miedo, de fusiles, de palazos y de abismos. Que desapareciera gente no es novedad para los que temblaron con el motor de la camioneta que llevaba al más allá, pero lo es la esperanza de sanar los dolores cubiertos con tierra en los cementerios y en los corazones. 

**En el cementerio Las Mercedes, de Dabeiba, se centra un proceso investigativo que busca identificar cuerpos que corresponderían a personas desaparecidas durante el conflicto armado.**



Por: Jhon Bayron Bedoya Sandoval  
Equipo de Apoyo a Iniciativas de Memoria  
Histórica CNMH

# Héroes de Honor: *el fútbol como herramienta de reparación*

Fotos: Daniel Sarmiento Gómez



Según la Oficina del Alto Comisionado para la Paz, la cifra de afectados por las minas antipersonal en el país es de 11.775 personas, en su mayoría miembros de las fuerzas armadas.

La cancha se ha convertido en el campo de reencuentro con la vida para un grupo de militares que han sufrido amputaciones por las minas antipersonal. John Montero, creador del club Héroes de Honor, encontró en el deporte una razón para seguir adelante.

Cuando comenzaron a reunirse para jugar fútbol, en 2015, el propósito era tener un pasatiempo, un juego recreativo entre amigos con algo en común: todos ellos fueron miembros del Ejército Nacional y sufrieron amputaciones por el uso de minas antipersonal.

A comienzos de 2016, aquellos encuentros para pasar el rato se formalizaron y decidieron solicitar el reconocimiento deportivo para su equipo por parte del Instituto Distrital de Recreación y Deporte (IDRD), un requisito que les daría el estatus de un club deportivo y su inscripción en la Liga de Bogotá.

Entre todos decidieron que el nombre del equipo sería Héroes de Honor y que su mascota –creada por Jhon Montero– sería un águila, que para ellos representa el vuelo renovado después de superar una situación dolorosa.

El fútbol es una especie de terapia en la rehabilitación de cada uno de los integrantes del equipo. “Es un apoyo que nosotros no tuvimos en el momento”, dice Daniel, uno de los Héroes de Honor. Además de las destrezas propias del juego, el deporte permite a quienes han pasado por el

**Además de las destrezas propias del juego, el deporte permite a quienes han pasado por el hecho traumático de una amputación mejorar en tareas cotidianas y desarrollar diferentes habilidades físicas.**

John Montero combina hoy la práctica deportiva y el arte. A pesar de haber perdido una pierna a causa del conflicto armado, encontró alternativas para superar esta dificultad.





El club deportivo Héroes de Honor es una iniciativa apoyada por el Centro Nacional de Memoria Histórica que los agrupa como víctimas del conflicto armado.

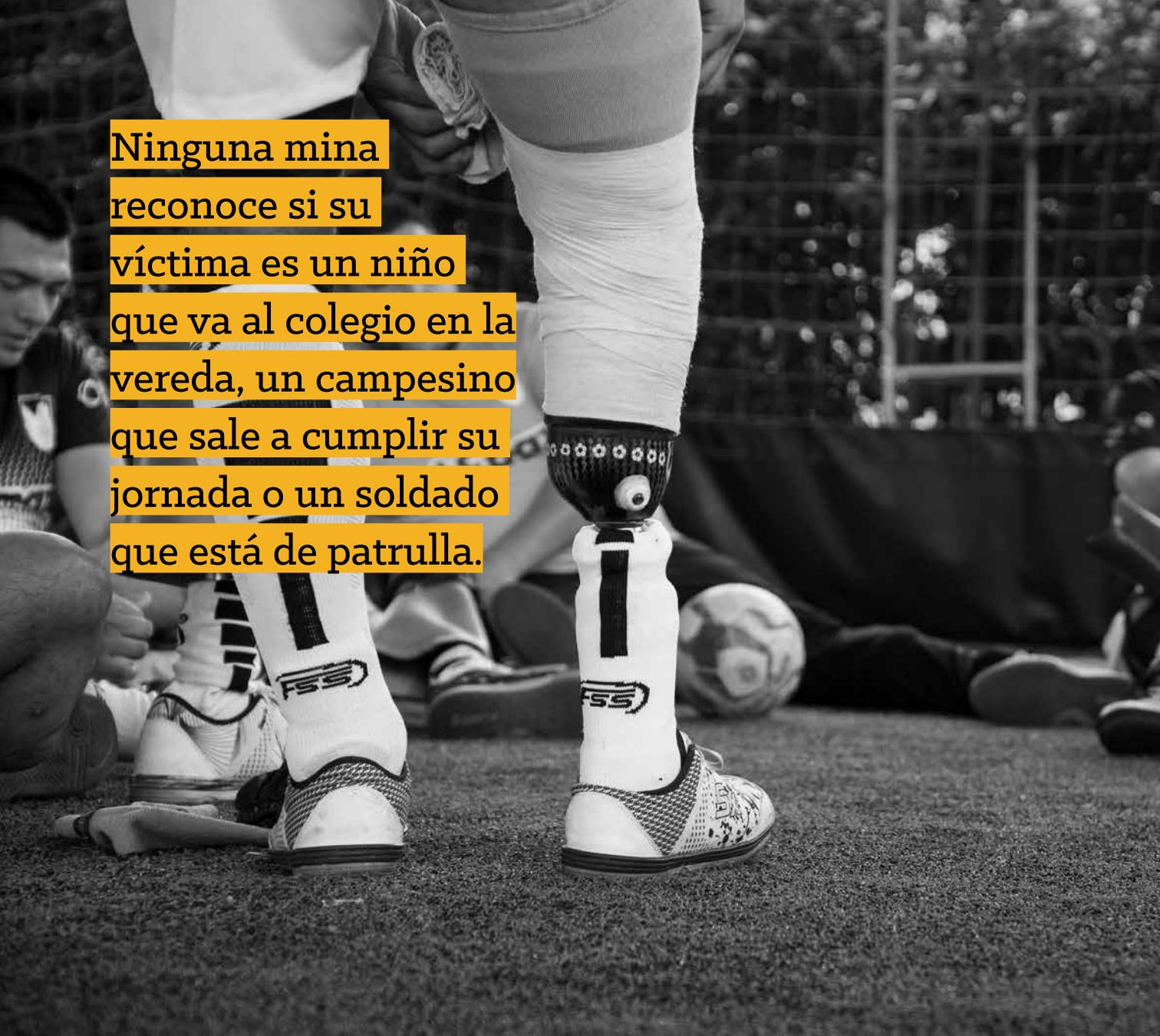
hecho traumático de una amputación mejorar en tareas cotidianas y desarrollar diferentes habilidades físicas. Entender que la vida sigue, que no terminó con la pérdida de una parte de su cuerpo.

Contar sus historias se ha vuelto importante. Por eso las actividades deportivas del club están acompañadas de charlas en las que hablan de sus vivencias y los caminos que han encontrado para seguir adelante. En sus narraciones el militar también es un ser humano; uno que ha sido afectado por el conflicto armado.

“Es importante que se conozca la verdad, la historia, lo que pasa con una persona, no solo por una pérdida física, sino por las afectaciones psicológicas y los procesos de rehabilitación”, dice Jhon Montero.

En medio de un café compartido entre amigos, explican que el uso de las minas es una práctica desleal, aun en un contexto de

**Allí decidió seguir  
viviendo, porque  
vivir luego de los  
momentos más  
duros es eso, una  
decisión más fuerte  
que cualquier  
hecho pasado.**



**Ninguna mina  
reconoce si su  
víctima es un niño  
que va al colegio en la  
vereda, un campesino  
que sale a cumplir su  
jornada o un soldado  
que está de patrulla.**

guerra. Fabricar un artefacto como estos cuesta muy poco y ocultarlo es todavía más fácil, pero el daño que hacen es incalculable no solo por la afectación a las tropas, sino porque ninguna mina reconoce si su víctima es un niño que va al colegio en la vereda, un campesino que sale a cumplir su jornada o un soldado que está de patrulla.

La prolongación en el tiempo del uso de estos artefactos explosivos escondidos genera zozobra. “Se puede acabar la guerra, y Dios quiera que sea así, pero las minas seguirán hasta que alguien las desactive o las active”, advierte Daniel. Y la segunda opción, la más triste, se vive todavía en nuestro país.



## Jhon Montero y su vuelo de renovación

El 23 de febrero de 2008 la vida dio un giro inesperado para Jhon Montero. La explosión de una mina antipersonal le destruyó la pierna derecha cuando era un soldado profesional que patrullaba cerca del municipio de Colombia, en el Huila. Todavía recuerda la hora de la explosión, que esperaba escondida en la maleza: las 10 y 20 de la mañana.

Los días en el hospital fueron tristes para él y para su familia. Sabía que la vida ya no sería igual, pero a pesar de los momentos en que se sentía afligido, sabía también que no se podía quedar postrado en esa cama. Allí decidió seguir viviendo, porque vivir luego de los momentos más duros es eso, una decisión más fuerte que cualquier hecho pasado.

Volvió a jugar fútbol por la invitación de un amigo del barrio. Entonces se dio una nueva oportunidad en el deporte, junto con los muchachos del equipo. Además, la misma guerra que le quitó una pierna le dio la posibilidad de estudiar aerografía.

El deporte y el arte le sirvieron para escapar de la realidad en un primer momento. Con el tiempo se volvió una forma de resistir y enseñar las consecuencias de la guerra. A través de estas dos actividades hace memoria. No solo juega fútbol; sus pinturas hablan de su resiliencia, de cómo cambió un fusil por un aerógrafo, cargado con cartuchos de pintura en lugar de balas.

Para él, hacer memoria es dejar un legado de nuestra historia como sociedad, es generar un aprendizaje desde los hechos de la violencia, desde los recuerdos marcados en su cuerpo.

Aquel soldado, que continúa en su vuelo de renovación, nos pidió terminar este escrito con un mensaje:

“Nosotros, quienes fuimos integrantes de las Fuerzas Militares y sufrimos estos hechos, queremos participar en la construcción de la memoria colectiva porque necesitamos hacer procesos de dignificación que aporten a la generación de paz y verdad en el país”.

**Los integrantes del equipo Héroes de Honor comparten, a través de la práctica deportiva, una terapia física y emocional. Juntos construyen una nueva oportunidad de vida después de la guerra.**

# Un museo para la reparación simbólica



**Por:**  
Fabio Bernal Carvajal  
*Director técnico del MMC*

**H**ace nueve años nació el Museo de Memoria de Colombia (MMC). Sí, ha pasado casi una década y aunque para aquel entonces era solo un formalismo plasmado en la Ley 1448 de 2011, hoy, más que un sueño de Museo para la construcción de memoria del conflicto armado, es una realidad.

Haciendo memoria, se estableció que la creación de este museo sería uno de los objetivos principales del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). Ahora, ya podemos vernos como una plataforma para visibilizar de manera equilibrada las voces de todas las víctimas del conflicto armado,

pues son ellas quienes han transitado el dolor y han aprendido a construir memoria desde sus territorios y comunidades.

No podemos negar que ha sido un gran reto para el país y para quienes día a día comparten su conocimiento y experiencias desde el CNMH. Gracias a ese trabajo somos más que un marco normativo que nos da la oportunidad de construir un mecanismo de reparación simbólica a favor de las víctimas. En realidad, tenemos un gran compromiso con el país en el cumplimiento de una finalidad reparadora.

Este año vivimos un gran momento en la construcción de memoria; el Museo no se ha limitado a un espacio físico, ya existimos en otras dos dimensiones: la virtual y la territorial. A través de estas dimensiones le estamos mostrando a Colombia una historia que venimos recuperando por medio de exhibiciones y actividades de apropiación social que presentan las voces de las víctimas, respetando los

principios constitucionales de pluralidad, participación, solidaridad y los derechos de libertad de expresión y pensamiento.

Trabajamos día a día con la premisa de construir un museo que refleje la diversidad del país y exponga el contexto del conflicto armado a la luz de la pluralidad de comunidades violentadas, de los diversos territorios que fueron afectados y del universo de víctimas; que comprenda, entre otros, a los campesinos, así como a los hacendados; a los soldados y policías, así como a las víctimas de agentes del Estado; a los sindicalistas y a los empresarios, porque, tristemente, la complejidad y la dimensión del conflicto armado colombiano dejaron víctimas diversas. Todas estarán representadas en el MMC para que la sociedad pueda reflexionar sobre esta dolorosa faceta de la historia nacional.

El mensaje que compartimos desde el MMC es que la nación no se puede permitir el uso de la violencia para tramitar sus diferencias. Colombia, como Estado social de derecho, debe garantizar el goce efectivo de los derechos de todos sus asociados sin importar las diferencias de sexo, raza, origen nacional o familiar, lengua, religión, opinión política o filosófica, tal como lo exige la Constitución.

Las memorias de las víctimas presentes en el MMC son y serán un testimonio de las vulneraciones a los derechos humanos y al derecho internacional humanitario en el marco del conflicto armado interno por parte de los victimarios (guerrillas, paramilitares, otros grupos armados al

margen de la ley y agentes del Estado), resaltando la afectación a la población con características particulares en razón de su edad, género, orientación sexual y situación de discapacidad.

Es un hecho, el Museo de Memoria de Colombia es un lugar que a través de los años dejó de estar en el papel. Actualmente, es también un escenario de reflexión sobre las tragedias del conflicto armado colombiano y las atroces consecuencias que tuvo sobre el universo de víctimas, con el fin de permitir el debate social alrededor de la necesidad de convivir en paz, en medio de nuestras diferencias. 



El edificio del Museo de Memoria de Colombia será un lugar público reconocible. Se espera que la obra esté terminada en el segundo semestre de 2022.

Foto: Daniel Sarmiento Gómez



La OFP agrupa a mujeres de todas las edades. Las mayores transmiten sus experiencias a las nuevas generaciones para hacer perdurar la memoria y su legado.

Desde hace casi 50 años la fuerza de las mujeres ha cerrado puertas a la violencia en Barrancabermeja y el Magdalena Medio. La Organización Femenina Popular resiste a la guerra.

# LA ORGANIZACIÓN FEMENINA POPULAR:

*cerrojos a  
la violencia*

**B**arrancabermeja amaneció de luto el Día de la Madre de 1998. Cientos de personas lloraron frente a la catedral por la masacre ocurrida la noche anterior en el suroriente de la ciudad, cuando decenas de paramilitares interrumpieron un bazar para asesinar a siete jóvenes y provocar la desaparición de 25 más.

Ante el horror, vino la protesta. En el velorio, la mañana siguiente, varias mujeres vestidas con batas negras, en riguroso silencio, rodearon los 32 ataúdes de las víctimas —los de los muertos, que contenían sus cuerpos, y los de los desaparecidos, que contenían sus ausencias—. Esas batas, que usaron por primera vez en público para rechazar la masacre, se convirtieron en uno de los símbolos más poderosos de la Organización Femenina Popular, un colectivo que lleva casi medio siglo defendiendo la vida en el Magdalena Medio.

A inicios de los setenta, con apoyo de la Pastoral Social, mujeres de barrios populares se empezaron a reunir en clubes de amas de casa donde aprendieron oficios que les permitían tener independencia económica de los hombres. Durante esa década y la siguiente el contexto de la región promovió discusiones cada vez más complejas en esos clubes, que también fueron espacios de formación política.

En los ochenta la violencia escaló rápidamente. Las guerrillas tomaron fuerza en Barrancabermeja para enfrentarse a la industria petrolera. Al mismo tiempo creció la presencia de paramilitares en el Magdalena Medio, en El Carmen y San Vicente del Chucurí, desde donde empezaron a dejar una estela de sangre por el territorio.

Los grupos armados trajeron desplazamientos, amenazas, asesinatos selectivos y desapariciones forzadas. En nuestro informe *Memoria de la infamia* contamos que entre 1970 y 2013 desaparecieron a 2.627 personas en el Magdalena Medio. Como la mayoría de las víctimas directas eran hombres, casi siempre quienes enfrentaron las consecuencias fueron las mujeres: sus esposas, madres, hermanas, hijas.

En ese escenario creció la OFP, que se expandió a varios municipios y llegó a tener más de 3.500 mujeres afiliadas. A la enseñanza de oficios con la que empezaron los clubes de amas de casa le sumaron espacios de formación de lideresas, proyectos de economía solidaria feminista y una constante discusión sobre el papel de la mujer en la sociedad colombiana.

**Por:** Juan José Toro Sánchez

*Dirección de Museo de Memoria de Colombia*

**Fotografías:** Daniel Sarmiento Gómez

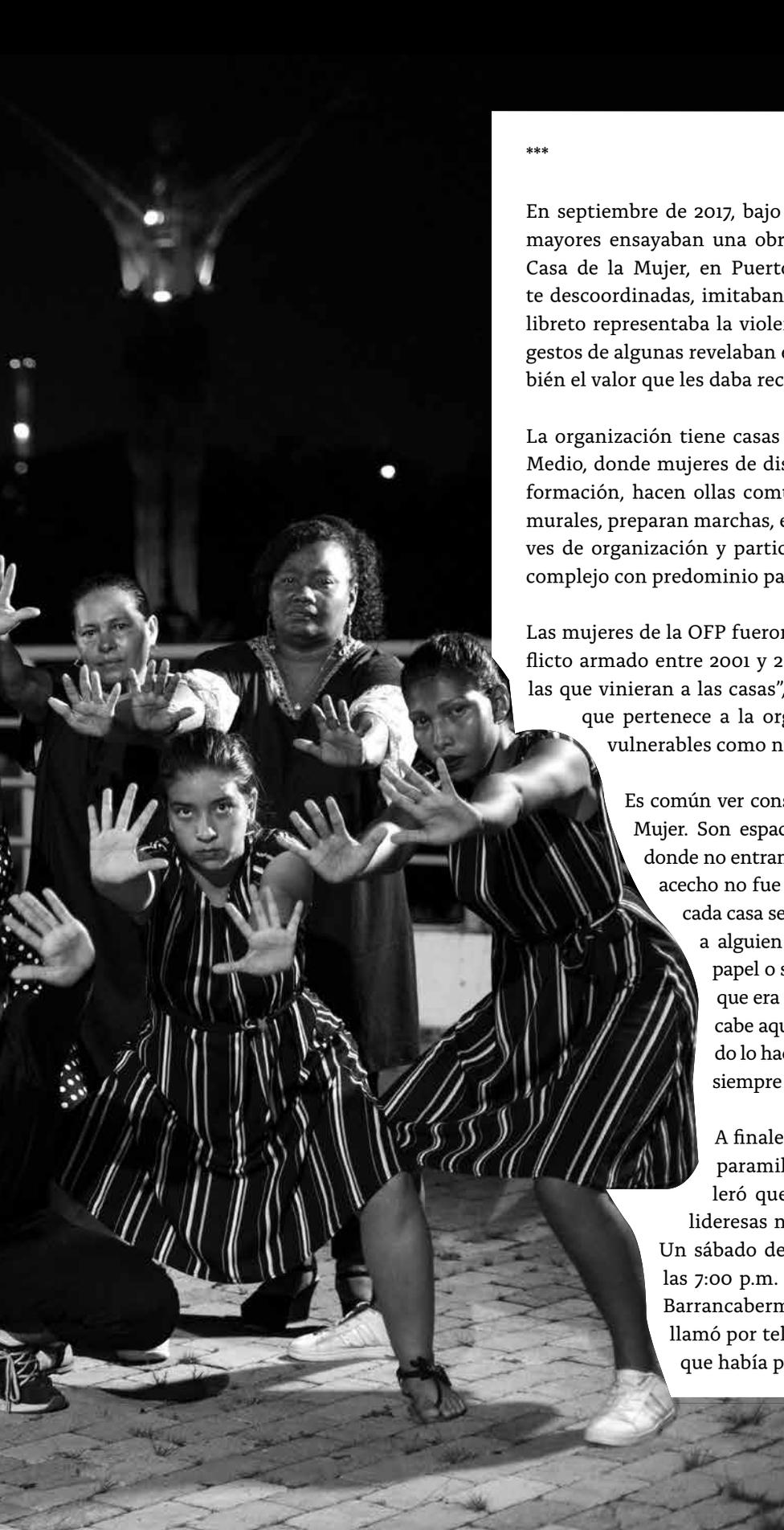
La Casa de la Memoria y los Derechos Humanos de la Mujer de la OFP fue inaugurada con tambores y música de la región en septiembre de 2018.



El contexto en la  
región todavía  
es complejo:  
en los últimos  
años han seguido  
denunciando  
la presencia de  
actores armados  
que ponen en  
riesgo la vida.

La resistencia feminista propuesta por la OFP también se manifiesta en Barrancabermeja, con sus referentes en medio de aquellos que hablan de la economía petrolera.





\*\*\*

En septiembre de 2017, bajo el sol de mediodía, nueve adultas mayores ensayaban una obra de teatro en el antejardín de la Casa de la Mujer, en Puerto Wilches, Santander. Ligeramente descoordinadas, imitaban el sonido de una hélice, que en el libreto representaba la violencia, el miedo a los combates. Los gestos de algunas revelaban el dolor de los recuerdos, pero también el valor que les daba recordar juntas.

La organización tiene casas como esta por todo el Magdalena Medio, donde mujeres de distintas edades asisten a talleres de formación, hacen ollas comunitarias, planean eventos, pintan murales, preparan marchas, ensayan presentaciones. Son enclaves de organización y participación femenina en un contexto complejo con predominio patriarcal.

Las mujeres de la OFP fueron víctimas de 148 acciones del conflicto armado entre 2001 y 2012. “Declararon objetivo militar a las que vinieran a las casas”, dice Iluminada Ortiz, de 68 años, que pertenece a la organización desde 1998. Se sentían vulnerables como nunca.

Es común ver consignas antibélicas en las Casas de la Mujer. Son espacios exclusivos de la sociedad civil, donde no entran combatientes. Pero en esa época de acecho no fue fácil mantener su esencia. Como en cada casa se conocían todas las mujeres, si veían a alguien sospechoso pasaban con sigilo un papel o se hablaban al oído y si confirmaban que era un actor armado le decían: Usted no cabe aquí y se tiene que ir. “Con mucho miedo lo hacíamos —recuerda Iluminada—, pero siempre estábamos ahí”.

A finales de 2001, llegó una amenaza de un paramilitar apodado *El gato*, quien no toleró que Iluminada, Gloria Suárez y otras lideresas no se dejaran intimidar fácilmente. Un sábado de noviembre las mujeres salieron a las 7:00 p.m. de una de las casas en el norte de Barrancabermeja. Antes del amanecer alguien llamó por teléfono y les dijo que fueran a ver lo que había pasado.



A través del teatro, la danza y el arte en general, las mujeres de la Organización Femenina Popular hacen memoria del conflicto y representan su vocación de resistencia contra la violencia.

Donde anocheció la casa amanecieron escombros. Cuando el lugar quedó solo, dos camiones se parquearon en frente con más de 20 hombres enviados por alias *El gato* con la orden de robarse la casa. La derrumbaron y se llevaron todo; solo dejaron el piso.

“Nos habían advertido que nos iba a doler y nos dolió mucho”, dice Iluminada. Pero la historia de la Organización Femenina Popular se cuenta desde la resistencia. Su forma de enfrentar la violencia con imaginación ha sido decisiva. La semana siguiente las víctimas del despojo salieron con sus batas negras a marchar por el barrio para llamar a la comunidad a donar ladrillos, tejas, arena, cemento y mano de obra; así pudieron reconstruir la casa perdida.

Ese mismo año, cuando los paramilitares les pidieron entregar las llaves de otra de las casas, ellas se juntaron por decenas, llamaron a organizaciones nacionales e internacionales y se encerraron a protestar. Si querían la casa tendrían que sacarlas a todas.

Las integrantes más jóvenes conocen estas historias. Las han escuchado de las mayores, las han interpretado en obras de danza o de teatro, las han leído en libros y revistas. “Cuando ellas me cuentan lo que vivieron, a mí se me eriza la piel —dice Gissette Gualdrón, trabajadora social de 23 años, que pertenece a la organización hace dos—. Pero también admiro su capacidad para resistir y me siento protegida por ellas”.

En 2019, en la OFP hicieron un taller con jóvenes para conocer qué lugares o situaciones de riesgo había en sus entornos, y el resultado fue inesperado. “Para ellos las Casas de la Mujer no tenían ningún riesgo —cuenta Paola Muñoz, quien lidera procesos de arte en la organización—, y eso es interesante, porque en otros tiempos era muy peligroso estar ahí, pero ahora las y los jóvenes sienten que nada malo les puede pasar allí”.

\*\*\*

Cerca de cien jóvenes hicieron un recorrido de memoria por Barrancabermeja en octubre de 2019. Aunque la economía petrolera es imponente, la ciudad, vista con cuidado, también tiene que ver con la resistencia feminista propuesta por la OFP. En un lugar hay una escultura de una bata negra. En otro, una fuente con tres mujeres de brazos alzados. En otro, una placa conmemorativa con un poema que termina así: “Porque callar por miedo es peor que morir”.



La OFP se ha construido alrededor de sus símbolos: las batas, las llaves, las máquinas de coser, las ollas, las consignas, las Casas de la Mujer.

La Casa de la Memoria y los Derechos Humanos de la Mujer de la OFP fue inaugurada con tamboras y música de la región en septiembre de 2018. En esa casa, que contó con el apoyo técnico del CNMH, a través del Museo de Memoria de Colombia, está comprimida la historia de la organización: el origen, la autonomía, la resistencia, la transición y la reconstrucción.

Su construcción fue uno de los puntos concertados en el plan de reparación colectiva que empezó en 2013. Como el conflicto armado debilitó su proyecto político, redujo su base social y creó estigmas sobre las afiliadas, para la reconstrucción de la OFP priorizaron la recomposición de su equipo, la formación de nuevas lideresas, el fortalecimiento de escuelas de arte y cultura para jóvenes y la preservación de la memoria.

Por los días de la inauguración de la Casa Museo en Barranquermeja varias mujeres jóvenes presentaron la obra de teatro *Historia con ojos de mujer*, en medio de un aguacero, en el Parque de Los Deseos de Medellín. Esa obra, parte de la exposición *Voces para transformar a Colombia* de nuestro Museo de Memoria, cuenta también varios hitos de la organización.

Yurany Cardozo, de 19 años, fue una de las protagonistas en escena. No había nacido en los días del rechazo a la masacre de 1998 y era una bebé cuando se robaron la casa, pero cuando actúa en alguna de esas historias es como si hubiera vivido esos momentos. “Uno sabe por todo lo que han pasado estas mujeres”, dice.

Como ella, decenas de jóvenes del Magdalena Medio están recogiendo el testimonio de sus mayores. El contexto en la región todavía es complejo: en los últimos años han seguido denunciando la presencia de actores armados que ponen en riesgo la vida. Es inevitable el miedo, pero lo han convertido en un agente movilizador que les permite estar más unidas. “No tenemos miedo porque vamos con las otras”, dice Yurany.

La OFP se ha construido alrededor de sus símbolos: las batas, las llaves, las máquinas de coser, las ollas, las consignas, las Casas de la Mujer. Con ellos han fortalecido una idea de resistencia pacífica que integra a mujeres mayores, adultas y jóvenes. Hoy insisten en la importancia de la unión y trabajan para fortalecer el relevo generacional. Su himno —otro símbolo clave— acaba con esta estrofa:

*Necesitamos por eso estar unidas,  
la dura lucha con fuerza emprender ya.  
Marchemos juntas, seguras, decididas,  
que nuestro pueblo reclama libertad.*

# Dolores ocultos tras los paisajes de Alejandría

Para los habitantes de Alejandría, en Antioquia, las aguas del río Nare, los puentes y las faldas de las montañas son, además de su espacio vital, lugares de memoria, paisajes que hablan del sufrimiento del conflicto armado.

**Fotos:** Natalie López Valencia  
*Estrategia de Comunicaciones CNMH*



Familiares y amigos que sufren la ausencia de las víctimas de asesinato o desaparición mantienen su recuerdo presente a través de los objetos que les pertenecieron.





El Alto del Cristo o Alto del Popo es un antiguo potrero en la carretera, entre la cabecera municipal y la vereda El Popo. Algunos creen que allí fueron enterrados los cuerpos de víctimas de asesinato y desaparición.

Aleandría todavía trabaja para recuperarse de todo el daño que causó el conflicto armado, una tarea de reconstrucción que se hace día a día con las manos y el corazón.



Silvia María Arango González, expersonera de Alejandría, fue amenazada por paramilitares por su trabajo en favor de las víctimas de desplazamiento forzado. Tiene dos archivos con recortes de periódicos: Las tristezas de Alejandría, en el que recopila hechos dolorosos del conflicto armado, y Las Alegrías de Alejandría, en el que se asegura de atesorar los momentos felices.







**Por:** Edinso Culma Vargas  
Equipo de Apoyo a Iniciativas de Memoria Histórica CNMH

# Nombrar un colegio para recordar a



Jaime era un líder que creía en la educación como herramienta para construir sociedades más equitativas y justas.

Ilustración: Lizeth Sanabria

“Mi padre estaría feliz de ver todo lo que está pasando hoy. De ver que su memoria sigue viva, que la mantenemos viva, y que hemos continuado con nuestras vidas a pesar de todo el daño que nos causaron con su muerte. Que seguimos con nuestros proyectos de vida: de estudiar, volvernos profesionales y de conformar familias amorosas”.

Las palabras de Vianys Bula Herrera durante el lanzamiento del especial web *Me levaté contigo en la cabeza*, que recoge la historia de vida de su padre, aluden a la lucha que su familia ha librado por mantener presente el recuerdo del hijo, el hermano, el padre. En sus conversaciones, Jaime Elías es ese hombre alto, elegante, con ropa nueva, “ese tipo tan bonito” en el que repararon las encargadas en la morgue, vestido como lo sorprendió la muerte, con el pantalón azul turquesa y la camisa a rayas de manga larga. Al acto, en el colegio que ahora lleva el nombre de su padre, fue con la abuela Carmen Julia, sus tías Gloria y Helfi, su tío Luis, su primo Carlos, su hermana Vanesa y Lucía, su hija de apenas unos meses de nacida.

*Me levaté contigo en la cabeza* es producto de las acciones emprendidas por el Centro Nacional de Memoria Histórica para cumplir los exhortos de la Sentencia de Justicia y Paz del 23 de abril de 2015. El especial recoge las voces de ocho familias que

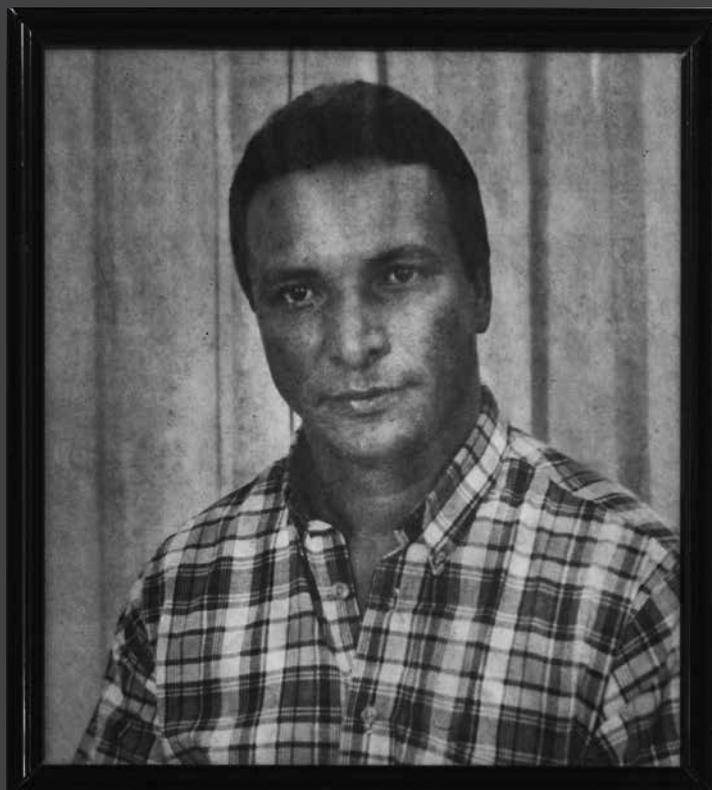
# jaime

Jaime Elías Bula fue un líder comunitario asesinado en 2001 en Montería por órdenes de Salvatore Mancuso. Su familia ha luchado desde entonces por mantener su recuerdo, que ahora está ligado a la institución educativa del barrio Panzenú.

se han resistido a aceptar los estigmas que el Bloque Córdoba de las Autodefensas Unidas de Colombia les impuso a sus hermanos, esposos, hijos y vecinos para justificar sus persecuciones y asesinatos.

A Jaime Elías Bula Espinosa lo mataron en la Semana Santa de 2001 al salir de una reunión con vecinos del barrio Panzenú, en la que le hablaron de sus inconformidades con la prestación de los servicios públicos en ese sector de Montería. El colegio, el lugar de encuentro acordado con la comunidad, quedó marcado con siete disparos de los sicarios que llegaron con órdenes de Salvatore Mancuso de asesinar a Jaime, de 40 años, líder del proceso de reinserción de la Corriente de Renovación Socialista (CRS), movimiento político que se desprendió de la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional (Eln).

En la lucha por dignificar la memoria de Jaime Elías Bula, su familia encontró en el colegio de Panzenú un lugar importante para celebrar su vida y honrar su legado. No porque allí hubiera ocurrido su muerte, sino porque siempre trabajó por hacer real el derecho a la educación del pueblo cordobés desde que era estudiante del Colegio Nacional José María Córdoba, en los setenta. A mediados de los noventa, tras el Acuerdo Político Final entre el Gobierno nacional y la CRS, se encargó de coordinar en su departamento el convenio entre la Universidad Pedagógica Nacional y la Corporación Nuevo Arco Iris para ofrecerles a los desmovilizados y a sus familias la posibilidad de validar la educación primaria y secundaria.



**En sus conversaciones,  
Jaime Elías es ese  
hombre alto, elegante,  
de ropa nueva, “ese  
tipo tan bonito” en  
el que repararon las  
encargadas en la  
morgue, vestido como lo  
sorprendió la muerte.**



Por medio de una sentencia de Justicia y Paz la familia de Jaime logró que el Estado reconociera su responsabilidad por el asesinato y su deber de hacer memoria para dignificar su nombre y su legado como parte de la reparación por los daños morales y políticos que supuso su muerte. A finales de 2018, la sede Panzenú de la Institución Educativa Mogambo fue nombrada de nuevo como Institución Educativa Mogambo, sede Panzenú – Jaime Elías Bula Espinosa.

Para el profesor William Antonio Valdivieso Cogollo, coordinador de la sede Panzenú – Jaime Elías Bula Espinosa, esta decisión hace que la comunidad educativa preste atención a las víctimas del conflicto armado en Córdoba y sea más sensible ante el dolor y los daños que la guerra ha causado en ese departamento. Como docente, confía en que este acto contribuya a la educación integral de los estudiantes y a la formación en valores que tienen como objetivo los profesores de la institución. 

La educación siempre fue importante para Jaime Elías Bula Espinosa. Fue un hombre inspirador para los integrantes de su familia y quiso garantizar la formación para toda la población en Córdoba.



Foto: César Romero

# Del lado de las víctimas y sus memorias

**Por:**  
Víctor Andrés  
Álvarez Correa  
*Estrategia de  
Comunicaciones CNMH*



**P**or momentos he sentido impotencia, frustración; es inevitable. He sentido a veces el horror, las secuelas de la violencia como huellas indelebles, heridas insanables. Tanta injusticia, tanta mezquindad... La sensibilidad me traiciona, pero es innato del periodista que soy, aún ahora cuando mi rol me aleja de los medios de comunicación y me permite, desde otra orilla, trabajar por las víctimas, su reconocimiento y la divulgación de sus memorias como premisa esclarecedora.

Hoy como ayer busco y comunico historias, aquellas que devuelvan la esperan-

za, que sirvan para no olvidar, no olvidar para no repetir. He encontrado historias que me ratifican el valor de la resiliencia, del perdón. Esas que me reiteran, una y otra vez, que las víctimas del conflicto armado, sus memorias, conducen hacia el faro que muestra el anhelo de una Colombia en paz.

Estrechar las manos de madres, hijos y hermanos de quienes no sobrevivieron al horror de la guerra, de policías y militares mutilados, de hermanos en el Pacífico, en el centro del país y en diferentes pueblos indígenas, aprender de ellos, palpar sus luchas, las deudas ancestrales con sus comunidades, difundirlas y propiciar la apropiación de sus memorias en la sociedad es más que mi sueño hecho realidad. Los recuerdos de estas experiencias entre estas personas valientes que han puesto todo por sanar las heridas abiertas en la



La comunicación fortalece lazos de confianza, permite entender lo sucedido y brinda elementos de discernimiento para enseñar a partir de valores como la dignidad, la solidaridad y la resiliencia.

Foto: María Paula Durán

guerra me traen una gratitud inmensa por permitirme acercarme, escucharlos y narrar lo que les sucedió.

Son ustedes, las víctimas, el motor de un trabajo esmerado, riguroso y ecuánime desarrollado por un equipo de comunicadores que llevan en alto la bandera del Centro Nacional de Memoria Histórica. Ellos, como yo, estamos convencidos del poder de la comunicación, de una comunicación que fortalezca lazos de confianza, una que permita entender lo

sucedido, que brinde elementos de discernimiento y que sirva para enseñar, a partir de valores como la dignidad, la solidaridad y la resiliencia.

El esmero y la labor profesional de los integrantes de la Estrategia de Comunicaciones del CNMH se consolida cada año con la realización de eventos, conversatorios, lanzamientos, documentales y demás productos, con los cuales contamos las historias desde los territorios, del lado de las víctimas y sus memorias. 



Foto: Luis Grisales

# Alba Nelly Mina:

## la música negra y los lugares sin color de piel

De Puerto Tejada, Cauca, llegó a Bogotá en 1984. A través de la música y de la poesía ha reunido en el grupo Echembeleck a mujeres del Pacífico colombiano que han sufrido el desarraigo y la discriminación.

**Por:** Luis Hernando Grisales Rendón y José Fernando Loaiza Bran  
*Estrategia de Comunicaciones CNMH*

“Si alguien me dice ‘negra, cántame una nana’, no se la canto”, advierte Alba Nelly Mina. A pesar de que cree en el poder sanador que tiene la música para el alma, no consiente que a nadie se le llame por el color de la piel. Antes que negra, blanca o amarilla, cualquier persona es al menos señor, señora, joven, niño o niña, cuando no se sabe su nombre.

Antes de fundar el grupo musical Echembeleck, con mujeres desarraigadas del Pacífico colombiano, participó de la creación de la Asociación de Mujeres Negras de Bogotá, en 1989. Dos años después, las mujeres de la organización tuvieron que hacer una guardería para sus hijos. La capital del país les había mostrado muchas veces que es tierra ajena, incluso para los niños y las niñas. Pero no solo recibían niños negros; la guardería era un lugar donde no importaba el color de la piel. Ningún niño nace racista, eso de separar por colores es maña de algunos adultos.

Cuando se casó, a los 19 años, Alba Nelly todavía jugaba con trompos, canicas y tapas de gaseosa; le gustaba más jugar con los niños que con las niñas. Era la menor de 15 hermanos y correteaba por las calles en Puerto Tejada, Cauca, jugando a La libertad, un juego de dos equipos a los que les corresponde ser policías o bandidos y perseguir o escapar y liberar a los compañeros presos. También jugaba yermis hasta que, por accidente, le pegó un batazo en la cabeza a una de sus amigas. Jugaba en la calle hasta que llegaba su esposo, y entonces se iba a lavar la loza y a ocuparse con los oficios del hogar.

Nunca le gustaron los policías, pero a los cuatro años de casada su esposo terminó vinculado con esa institución y asignado a la Escuela de Carabineros. Así llegó a Bogotá, en 1984. Ella y su marido vivieron unos meses en casa de su hermana Edilma, luego arrendaron una pieza y, después, un apartamento de dos alcobas. Cuando su esposo completó seis años de servicio le ofrecieron la posibilidad de acceder a una casa que les pareció una alcancía, pero era propia.

“Uno busca casa grande por los hijos, pero después los hijos se van y uno queda en casa grande, pero solo”, dice Alba Nelly.

“Yo creo que nos  
juntamos por el hecho  
de ser mujeres que  
hemos sufrido cualquier  
tipo de discriminación”.

Además de la música,  
Alba Nelly vive el arte  
a través de la poesía.  
Es autora del libro de  
poemas *Alba Nelly  
Mina, yo soy Zaza  
Minyaré*.

La historia de la música y de la poesía está atada a los recuerdos familiares de la vida en Puerto Tejada, a las tardes de cuentos que les narraban su papá y su mamá a ella y a sus hermanos, a las historias de Pedro Rinales, de Tío Tigre y de Tío Conejo, a las canciones que les cantaban, acompañadas con bandola. Tío Conejo era muy astuto, representaba siempre a la gente negra en los cuentos. Su papá cantaba y su mamá respondía, y los niños se iban animando a cantar también.

## Desde que llegó a Bogotá, Alba Nelly se ha encontrado con las historias de mujeres y hombres negros que han sufrido por alejarse de sus pueblos.

Un hermano y una hermana suyos estaban en un conjunto que se llamaba Cauca Grande, recitaban poesías y cantaban sus canciones. En ese ambiente brotaron la habilidad para componer y el gusto por la música. Sin embargo, eso de pertenecer a conjuntos folclóricos se lo permitían solo a los hombres y a las mujeres después de casadas. No estaba bien que las niñas de familia fueran a bailes. De vez en cuando acompañaba a su hermana mayor a las presentaciones, entonces miraba cómo bailaban y cómo cantaban los grandes.

La muerte en el Pacífico también tiene música y danzas. Se canta el bunde para que los niños vayan al cielo cuando mueren antes de cumplir los siete años. Alba Nelly dice que son angelitos y no hay que llorarles porque se les mojan las alas y no pueden volar.

Desde pequeña aprendió a tocar el tambor en los gualíes.

La vida de la escuela la pasó cantando. Cuando llegó al bachillerato ya había sido finalista en un concurso de canto. Cantó una canción del pueblo y clasificó, pero decidió cambiar de canción. “Luego canté una canción de protesta que le oí a mi hermana, una canción que habían compuesto unos estudiantes, pero los metieron presos por cantarla”, cuenta Alba Nelly. Todavía se acuerda de esos versos y de las caras de los jurados:

*“Cuando querrá nuestro pueblo  
que la tortilla se vuelva,  
que la tortilla se vuelva,  
que los pobres coman pan  
y los ricos mierda mierda”.*

En 2000, además de la guardería, habían consolidado un servicio de refuerzo escolar para jóvenes y Alba Nelly convocó a esos muchachos para conformar un grupo de danzas. La guardería duró hasta 2007, cuando se acabaron los recursos, pero el grupo Palenque todavía está activo; son jóvenes que mantienen viva en Bogotá la cultura de los pueblos afrodescendientes del Pacífico. Ensayan los sábados y, además de bailar, aprendieron a sentirse orgullosos de su identidad y han continuado con sus estudios.

“Mi apuesta fue que a los que no pudieran entrar a la universidad, les hacía el aval de la Asociación para que consiguieran el cupo y hacíamos créditos condonables con el Icetex. Así han estudiado muchos, con la contraprestación de venir a replicar lo que estaban aprendiendo”, explica Alba Nelly. Varios de esos jóvenes han hecho carrera en la música, incluyendo a tres de sus cuatro hijos —los hombres— (su hija mayor es con-



Las integrantes del grupo Echembeleck compartieron escenario con las cantadoras de Bojayá durante el acto de instalación de la primera piedra del Museo de Memoria de Colombia.

Fotos: Mauricio Ramírez Vásquez (arriba), Daniel Sarmiento Gómez (abajo).



Foto: Luis Grisales Rendón



Alba Nelly Mina ha acogido en su casa al grupo Echembeleck y también realiza actividades educativas y de danza, buscando preservar la identidad cultural afro del Pacífico y combatir la discriminación.

tadora, pero además baila, hace música y teatro). Juan Carlos Arrechea Mina, percusionista y bailarín, es el que más lejos ha llegado, tocando con grupos como ChocquibTown, La revuelta o El callegrueso y La mamba negra.

Desde que se vino a Bogotá, Alba Nelly se ha encontrado con las historias de mujeres y hombres negros que han sufrido por alejarse de sus pueblos. En 2015, durante un evento llamado *Cantadoras afrodescendientes, el alma de un pueblo*, conoció a Aurora y a Segunda, las amigas que le ayudaron a fundar Echembeleck. Comenzaron a ensayar en su casa, otro lugar donde el color de la piel no determina el valor de las personas.

“Yo creo que Dios es uno solo, y el universo también nos cobija a todos y a todas”, dice Alba Nelly. Para ella, Dios está en todas partes y cada uno lo puede llamar por el nombre que lo conoce. En Bogotá aprendió que el *Ánima Sola* es Yewá, en la religión yoruba, que es la misma Virgen de Atocha y San Antonio. Sus mayores le enseñaron que donde hoy queda Puerto Tejada, en el norte del Cauca, existió un palenque llamado Monte Oscuro; el canto es historia y también libertad.

*“Con hacha, palo y machete  
¡kilele! ellos cantaron  
victoria, la celebraron  
kilele es libertad.  
Primero de noviembre  
Barule se sublevó  
con los hermanos Mina  
se encuentran en el Chocó  
Fueron pencos y barules  
que por la liberación  
lucharon en San Basilio  
y también en el Tadó”.*

Empezaron también a convencer a otras mujeres de sumar sus voces y sus historias al grupo. Hoy son 15, la mayoría de ellas han sufrido desplazamiento como consecuencia del conflicto armado en los pueblos del Pacífico. Al principio, cantaban solo canciones tradicionales, pero hoy todas aportan para componer las suyas.

“Yo creo que nos juntamos por el hecho de ser mujeres que hemos sufrido cualquier tipo de discriminación —explica Alba Nelly—.

Queremos que no piensen, cuando ven a una mujer negra, que está buena para la cama o es la que va a cocinar. A veces llegan aquí, a mi casa, timbran y preguntan dónde está la patrona. Yo creo que en Echembeleck, la música y los derechos de las mujeres van de la mano”.

Cuando Alba Nelly muera, la gente —en su despedida— tendrá que vestirse de blanco y bailar currulao. Así imagina el velorio, porque la música le hace falta, ya que tiene el poder de sanar el alma. De aquella infancia de juegos sin final ni colores de piel, de su pueblo, recuerda también una poesía de tradición popular.

*“Todos los hombres somos hermanos  
desde América hasta el Japón  
desde Siberia, un pueblo germano,  
desde la China hasta el Camerún.  
Si tú no quieres al blanco  
entonces odia a la luna  
dile que oculte sus rayos  
y que no te dé luz ninguna.  
Si tú no quieres al amarillo  
haz que se oculte el sol  
córtalo con un cepillo  
para que no te dé su calor.  
Si tú no quieres al indio  
haz que se hundan las montañas  
detén el agua del río  
que brota de sus entrañas.  
Y si tú no quieres al negro  
entonces odia la noche  
porque la noche la hizo Dios  
y a él hazle el reproche.  
Todos los hombres somos hermanos  
aquí, en la tierra, cielo y mar  
entonces en ellos que no haya guerra  
y conjugemos el verbo amar”.* 



# JCH, un baile de vida

**Alesson se levanta con la luz del alba. Como todas las mañanas, saca un gran espejo al frente de su casa y empieza a bailar a la vista de todos. La disciplina ha triunfado y la tranquilidad es el premio.**

Texto y fotos:  
Juan Pablo Esterilla Puentes  
*Estrategia de Comunicaciones CNMH*

**JCH ha  
privilegiado  
siempre algo: el  
diálogo. Créanlo  
o no, la acción es  
disruptiva.**

Una oportunidad. La palabra se lee rápido, pero su búsqueda puede llevar toda una vida. Hay quienes se van sin conocerla; y en Quibdó –por desgracia– sí que saben de eso. Con la última edición del estudio Forensis (2018) del Instituto de Medicina Legal como referencia, la capital chocoana tiene una tasa de homicidios de 64 casos por cada 100.000 habitantes, muy por encima de la cifra nacional, de 25. Como en el país, los jóvenes ponen la mayoría de las muertes.

Y es que cuando tu casa no siempre ha sido lugar para el afecto, cuando pertenecer a uno u otro barrio se convierte en una carga, y cuando los “cada día trae su afán” se vuelven habituales, el arte puede ser eso: una oportunidad.

La Red de Jóvenes Creadores del Chocó –JCH– es muestra de ello. Este proceso reúne a más de 300 jóvenes de barrios vulnerables de la ciudad y les recuerda que los sueños sí se hacen realidad.

Pero, entender el “flow” de plataformas artísticas como JCH –con énfasis en la danza urbana, tradicional y el teatro– implica devolverse a aquellos momentos que le dan sentido a la vida. El de Katherin Gil, actual directora de JCH, tiene la impronta del amor: el de sus abuelos.

“Mi abuelo, un hombre trabajador incansable, y mi abuela, una ama de casa que recuerdo diciéndome todo el tiempo –mija, usted tiene que ser alguien en la vida, usted tiene que lograrlo–. Y cuando mi abuelo me enseñó a leer decidí que mi principal herramienta de transformación iba a ser la educación”, recuerda.

Y sí, la educación lo ha sido todo en la búsqueda del objetivo. En 2008, ella y otros 24 jóvenes artistas de Quibdó ganaron un *casting* para un proceso de formación impartido por dramaturgos de la Universidad del Valle. Ella, con 18 años, ya venía haciendo activismo en la ciudad y buscaba cuanto espacio le permitiera estar lejos de las dinámicas de violencia y drogadicción en su barrio, La Aurora.

Las clases duraron seis meses y les dejaron varios aprendizajes. Sin embargo, dos sinsabores marcaron el proceso. El primero, que este, al igual que otros, fue uno de los tantos proyectos que llegó para irse muy pronto, y segundo, a “Luisao”, otro de los panas escogidos, lo asesinaron entrando a su barrio.

“Salimos del ensayo y él vivía en un barrio muy peligroso de Quibdó. Caminando hacia su casa le pegaron unos tiros. Era un joven que hacía comunicaciones, estudiaba enfermería en la Universidad Tecnológica del Chocó, súper inteligente. Eso fue un bajonazo muy fuerte”, cuenta Katherin.

Pero sus amigos no bajaron la guardia. En memoria de “Luisao” se trazaron el objetivo de crear un grupo dominado por jóvenes, que se convirtiera en la primera organización cultural en el Pacífico y que fuera referente en formación teatral y dancística. Así nació la Red de Jóvenes Creadores del Chocó.

Entre 2008 y 2011, la red tomó fuerza y se convirtió en una compañía de teatro de alta calidad técnica. A pesar de que algunos de los fundadores se fueron alejando del proceso, también llegaron nuevos integrantes con la ilusión de imprimirle un enfoque más comunitario y de construcción de paz al mismo.

Personas como Katherin Gil, Sandra Vega y Yeisy Palacios, protegidas por el arte desde su niñez, le apostaron a iniciar trabajo en El Poblado, una de las zonas más violentas y vulnerables de Quibdó.





Aun con carencias en la infraestructura, la propuesta de JCH se ha consolidado como el referente más importante en danza y teatro en la región, así como en trabajo social por la juventud.



“No hay que bajar la guardia, nosotros nos reprocharíamos no hacer nada y no hacer cosas por nuestro departamento”: Sandra Vega, integrante de JCH.

Allí nació el proceso de formación artística Caminando juntos por la reconstrucción del tejido social en las comunas 5 y 6 de Quibdó, proyecto CreArte.

“¿Qué teníamos? Las ganas de trabajar, nada más”, recuerda Katherin.

Se montaron escuelas de teatro, danza y manualidades, acompañadas de una línea de educación para tocar temas transversales y aproximarlos a construir proyectos de vida.

De esos inicios con tanto sacrificio, de los comentarios externos –¿qué hacen unas abogadas oliendo a humo? o ¿cuál de esos pelados las va a salvar de un ataúd?–, Katherin, Sandra y Yeisy se quedan con los esfuerzos de los chicos por aprender, y con la gratitud que les expresaban.

“Cuando llegamos a El Poblado había una presencia de grupos delincuenciales muy fuerte. Allí ocurrían asesinatos, hurtos, violaciones a mujeres, un tema complejo que no sabíamos. Llegó un momento en que nos iniciamos a percatar de que eso estaba sucediendo y no éramos nosotros solos bajando y subiendo, sino que era la comunidad acompañándonos por el camino”, señala Katherin.

Al mismo tiempo que el grupo fue ganando espacios en diferentes escenarios, también se generaron relaciones de respeto y confianza que facilitaron jornadas por la paz, ollas comunitarias y un “Naviarte”, una celebración de la Navidad, pero desde la tradición chocona, rescatando sus juegos tradicionales. Desde ese entonces, JCH ha privilegiado siempre algo: el diálogo. Créanlo o no, la acción es disruptiva.

Y es que en El Poblado, como en muchos barrios de Quibdó y de Colombia, hay problemas: los padres no siempre se comunican con sus hijos, la plata hay que estirla, y el acoso y la violencia pueden ser realidades en carne propia.

Esas conversaciones que Sandra, Yeisy y Katherin han promulgado, le han permitido a JCH conservar una dinámica de la calle, un diálogo abierto en el que no hay estructura y en el que simplemente “tú eres”. Hay quienes consideran que sus acciones no pueden evitar que los jóvenes ingresen a bandas delincuencia-

les o a alguna de las estructuras armadas que azotan la ciudad. Pero, vaya... JCH ha llegado con los brazos abiertos para generar conversaciones o tertulias, para hablar de parcería, espacios para escucharse y no agredirse.

En ese esfuerzo, las coordinadoras de JCH consideraron que era importante abrir su trabajo a otras zonas. El nuevo objetivo implicaba trabajar en un espacio neutral al que chicos y chicas de diferentes barrios pudiesen llegar. Lograrlo no fue fácil, pues cada lugar que inicialmente les prestaban para practicar era luego un lugar en el que, con el tiempo, empezaban a surgir peros.

“Nos decían que no se podía ir en *shorts* o en chanclas, cuando muchos de los jóvenes a veces venían sin desayunar. Los pelados se sentían presionados y dijimos –nos vamos pa’ la calle. Eso en Quibdó fue la locura–”, recuerda Sandra. Tomarse las calles resultó clave para comprender la importancia de no alejarse de las realidades de su territorio.

Hacer presencia en espacios públicos coincidió con otro gol de JCH: abrirle las puertas a una fuerza que venía creciendo más y más en las calles, la danza urbana.

“Seguía el tema del hip hop en la calle, veíamos nosotros que pelados que estaban en la actividad delincriminal eran muy buenos bailando. En 2015 había mucho talento, pero sin organizar, cuando JCH inició la bulla de escuela de danza urbana bailando exótico; los pelados de bandas se interesaron en bailar”, dice Yeisy.

Allí no había espacio para peleas, las diferencias de la calle se quedaban en la calle. Según Katherin, al principio eso sonaba muy discursivo y además complejo. Las tomas a semáforos, los martes, viernes y sábados de entreno frente a la catedral de Quibdó, y las intervenciones en los barrios, hicieron que en el Chocó todos hablaran de JCH.

Ahí, en las escaleras del malecón, nació la coreografía de “La Batea”, una canción que venían ensayando y que un día cualquiera de 2016 decidieron subir a las redes sociales. El resultado: personas de toda Colombia y el mundo queriendo más coreos.

A pesar del éxito que se desencadenó con el clip, algunos de los integrantes de las diferentes categorías de JCH estaban siendo



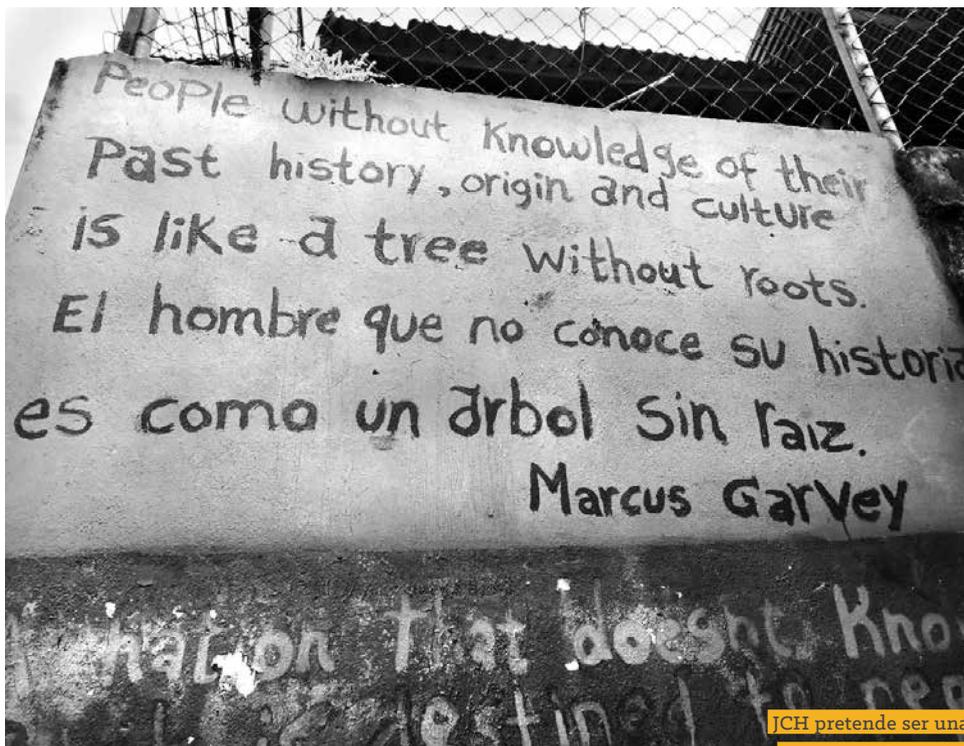
**Esa infraestructura cultural se ha convertido en un entorno de protección que aísla de la violencia que se vive afuera.**

## ESCENTES Y JÓVENES DE QUIBDÓ

ó comprometidos con la consecución de la PAZ en las comunas y corregimientos. Las bandas delincuenciales, La drogadicción, La

s, de manera Pacífica, Tolerante, Respetándose una donde vivan.

están comprometidos en realizar acciones a corto, mediano y largo plazo, trazándose metas en sus comunidades; acciones positivas e innovadoras en sus comunidades; alianzas de participación comunitaria y juveniles. Promoción entre ellos, centros educativos, centros de formación entre ellos, centros culturales y deportivos o centros deportivos y fortalezas como niños, fortalecer sus habilidades y fortalezas como niños, contribuir con acciones de esta manera.



JCH pretende ser una oportunidad para los jóvenes de barrios vulnerables de Quibdó, incluso una salida al riesgo de caer en la violencia, la delincuencia y el conflicto armado.

amenazados en sus entrenamientos al aire libre. “Cuando a mí me dicen eso y siendo tan consciente de la gran responsabilidad y el universo tan complejo con el que trabajamos, empezamos a buscar, sí o sí, un espacio físico donde los muchachos se sintieran protegidos”, dice Katherin.

Hoy JCH tiene sede propia; la están pagando, pero es propia. Queda justo al lado de la cancha de fútbol “Chipi Chipi”, lugar en el que iniciaron estrellas del balón como Jackson Martínez. Esa infraestructura cultural se ha convertido en un entorno de protección que aísla de la violencia que se vive afuera. Esa casa les dice a los delincuentes que los jóvenes del Chocó tienen deseos de superación.

“Yo no me atrevo a juzgar a quienes hoy están alzados en armas porque quizás también están reclamando oportunidades. El objetivo de nosotros es trabajar con los que están alzados en armas, con los que no lo están, que consigan un espacio de protección y la institucionalidad debe entender eso, no es solo tratar el tema con represión”, reitera Sandra Vega.

# Asesinato de líderes sociales, *la historia en cifras del Observatorio de Memoria y Conflicto*

Antioquia, Cauca y Norte de Santander han sido los departamentos con mayor número de líderes asesinados desde 1985. Más de 400 líderes sociales han sido asesinados después de la firma del acuerdo de paz entre la guerrilla de las Farc y el Estado colombiano.

A partir de 2016, tras la firma del acuerdo para la terminación del conflicto entre el Estado colombiano y las Farc, el asesinato de líderes sociales ha sido motivo de preocupación para la ciudadanía en general. Sin embargo, las afectaciones a estas personas que ejercen diferentes tipos de liderazgo en los territorios ha sido una constante por parte de los actores armados que han visto en este delito una forma de interrumpir los procesos sociales que ellos promueven, lograr control sobre el territorio e infundir temor y desplazamiento en las comunidades.

A partir de múltiples fuentes de información, el Observatorio de Memoria y Conflicto (OMC) del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), teniendo como fecha de corte el 10 de octubre de 2020, se propuso llegar a la cifra más robusta posible en cuanto a las dinámicas de violencia contra líderes sociales, y analizarlas para conocer los perfiles de las víctimas, los territorios en los que ocurrieron los hechos y los presuntos responsables de estas acciones violentas\*.

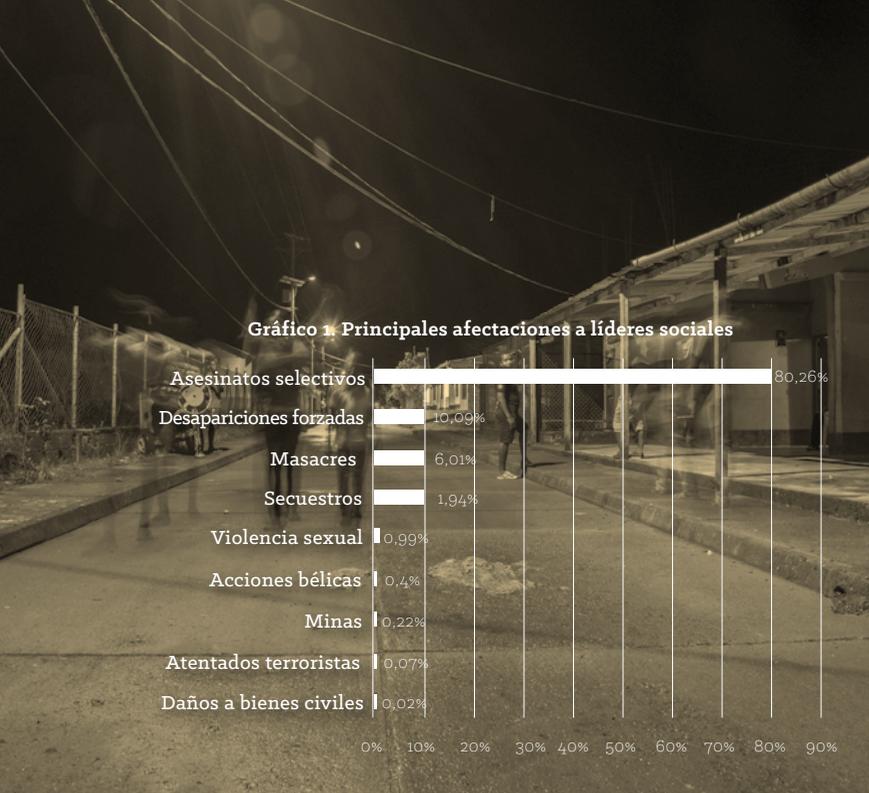
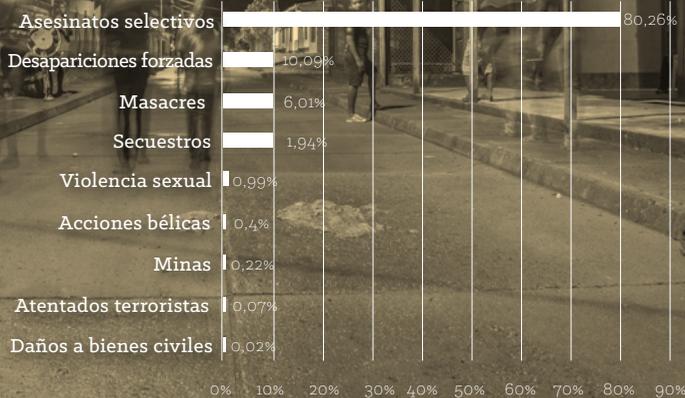


Gráfico 1. Principales afectaciones a líderes sociales



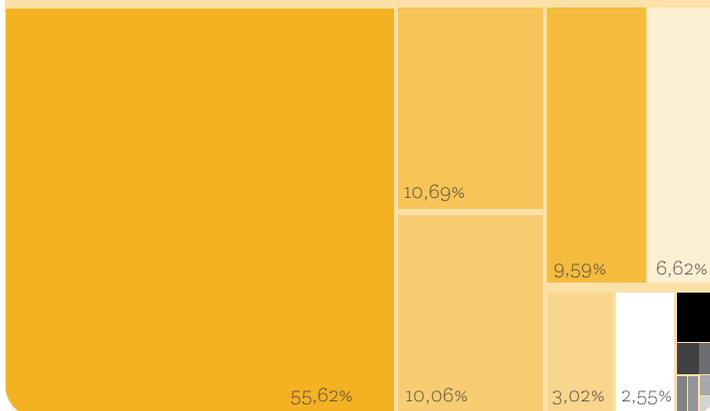
Según información recopilada por el OMC, 4.528 líderes sociales han sido víctimas de algún hecho violento<sup>1</sup> entre 1985 y 2020. De estos, 4.074 han sido asesinados. En otras palabras, 8 de cada 10 líderes sociales afectados por la violencia han perdido la vida en el conflicto armado.

Más de la mitad de los líderes asesinados se han identificado como líderes comunitarios y el 5,2 % del total de las víctimas poseen más de un perfil de liderazgo.

Los hombres entre los 29 y 59 años representan el 78,52 % de los líderes sociales que han sido asesinados, lo que demuestra que los armados responsables de estos hechos victimizantes pretenden vulnerar a las comunidades afectando los relevos generacionales, así como la continuidad y consolidación de los procesos sociales en los territorios.

Gráfico 2. Perfil de quienes lideran en los territorios

- Líder comunitario
- Líder indígena
- Representante o líder de víctimas
- Líder sin especificar 0,23%
- Líder ambiental 0,1%
- Líder campesino
- Defensor de DD.HH.
- Líder estudiantil 0,81%
- Líder afrocolombiano 0,18%
- Líder religioso 0,1%
- Líder sindical
- Líder cívico
- Líder LGBT 0,26%
- Líder juvenil 0,16%



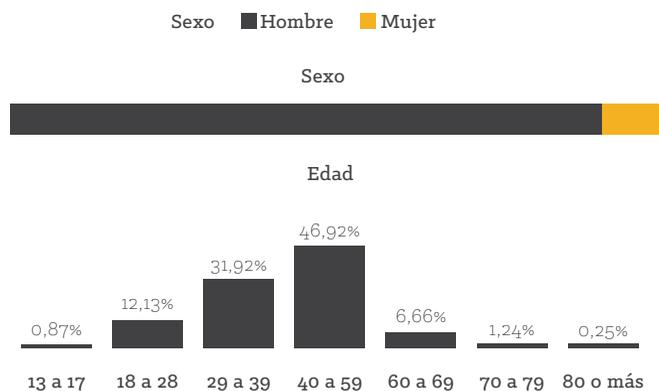
Fuente gráficos: OMC, cifras actualizadas al 6 de octubre de 2020.

## La violencia no ha desaparecido, solo han cambiado los grupos perpetradores.

Entre 1985 y 2020 la zona más afectada fue el Magdalena Medio, en especial los municipios cercanos al río Magdalena en Antioquia. Entre 2017 y 2020, la mayor afectación se ha concentrado en el Norte del Cauca.

\* Actualmente el OMC documenta 11 modalidades, entre ellas acciones bélicas, secuestros, desaparición forzada y violencia sexual.

**Gráfico 3**  
Sexo y rango de edad de los líderes afectados



\*Número de víctimas de las que se tiene información del sexo: 3.624  
 \*\*Número de víctimas de las que se tiene información de la edad: 1.607

El asesinato a líderes sociales ha sido constante entre 1985 y 2020, manteniendo una media de 100 casos por año, con pico superior a 150 entre 1997 y 2003. Si bien este hecho victimizante ha adquirido mayor visibilidad en la actualidad, las cifras han sido una constante en el tiempo y siguen siendo una problemática latente.

De acuerdo con las dinámicas del conflicto, se desconocen los perpetradores del 31,59 % de los asesinatos de líderes y del 12,71 %<sup>2</sup> se tienen indicios de que fue un grupo armado, pero se desconoce cuál.

<sup>2</sup> Se tienen en cuenta los presuntos responsables: “grupo armado no identificado” y “grupo armado no dirimido”.

Fuente gráficos: OMC, cifras actualizadas al 6 de octubre de 2020.

**Gráfico 4**  
Territorios en los que han ocurrido los hechos

Antioquia	21,47%
Cauca	8,29%
Norte de Santander	6,01%
Santander	5,59%
Valle del Cauca	5,24%
Córdoba	4,77%
Cesar	4,08%
Meta	3,86%
Bolívar	3,11%
Putumayo	2,98%
Nariño	2,95%
Arauca	2,87%
Caquetá	2,7%
Magdalena	2,54%
Tolima	2,37%
Sucre	2,29%
Atlántico	2,23%
Bogotá, D.C.	2,2%
Chocó	2,18%
Huila	2,12%
Caldas	2,09%
Risaralda	1,98%
Cundinamarca	1,63%
La Guajira	1,32%
Casanare	1,21%
Guaviare	0,69%
Boyacá	0,55%
Quindío	0,33%
Vichada	0,17%
Vaupés	0,14%
Amazonas	0,06%

\*Se usaron 3.629 registros de los que se conoce el departamento de ocurrencia.

En los hechos restantes, los principales perpetradores son grupos paramilitares, seguidos de las guerrillas.

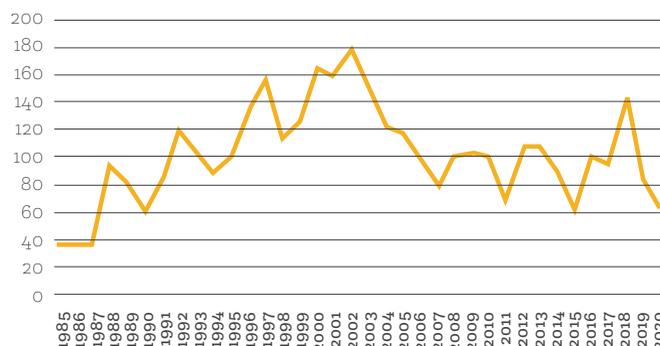
Las circunstancias en las que han sido asesinados los líderes sociales en Colombia han sido variadas, pero se sabe que el sicariato, el asalto y la retención y ejecución han sido las modalidades más recurrentes. Sin embargo, se desconoce la forma en que se cometieron los hechos para el 31,56 % de las víctimas.

## Consideraciones finales

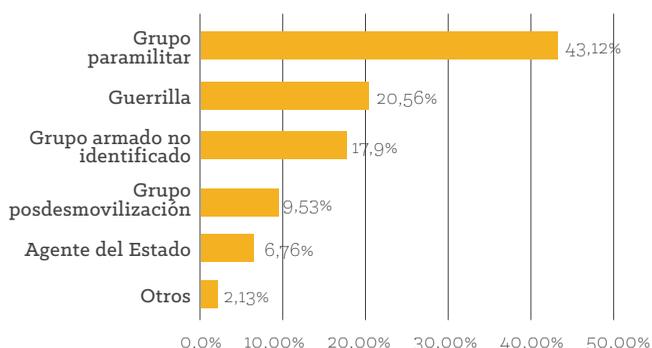
En 1997 el gobierno colombiano creó un programa de protección a personas bajo la Ley 418. En 2011 se creó la Unidad Nacional de Protección (UNP), y en 2018 se creó el Plan de Acción Oportuna de Prevención y Protección para los Defensores de Derechos Humanos, Líderes Sociales, Comunales y Periodistas (PAO). Sin embargo, estas acciones no han logrado su finalidad de disminuir las afectaciones a los líderes sociales, y es necesario que el apoyo trascienda la seguridad personal y llegue a la consolidación de condiciones seguras y oportunidades en los territorios y para quienes los habitan.

Luego de la firma del acuerdo de paz con las Farc se redujeron distintas modalidades de violencia como, por ejemplo, las acciones bélicas. Esto permitió ver con mayor claridad el accionar de los grupos armados contra las personas con el perfil de líderes, ya que el Eln, el Epl, el Clan del Golfo, diferentes grupos dedicados al narcotráfico, y las disidencias de las Farc han tomado los territorios que antes ocupaba esta guerrilla; entonces la violencia no ha desaparecido, solo han cambiado los grupos perpetradores. 

**Gráfico 5**  
Línea de tiempo de víctimas por año

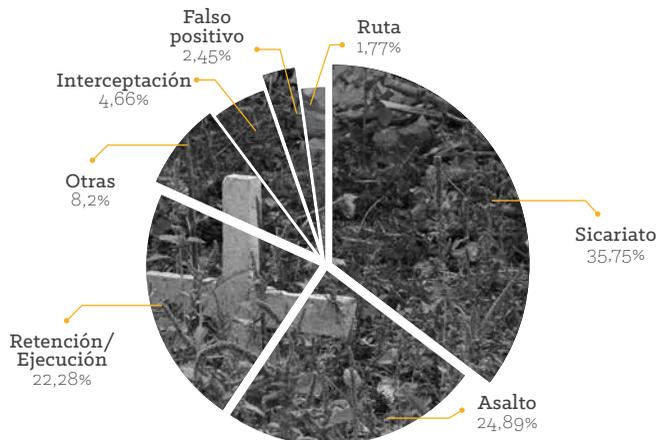


**Gráfico 6**  
Presuntos responsables del asesinato de líderes sociales



\*Se calcularon los porcentajes con 2.486 registros en los cuales el presunto responsable no es desconocido.

**Gráfico 7**  
Modalidad bajo la que ocurrieron los hechos violentos



\* Se utilizaron 2.487 registros de los cuales se conoce la modalidad.

# Hacia una pedagogía social de la memoria histórica

Por:  
Sayra Benítez  
Arenas  
Asesora de la  
Dirección General  
con funciones de  
Pedagogía



¿Cuál es el papel de la pedagogía en la apropiación social de la memoria histórica del conflicto armado colombiano? Desde una perspectiva inclusiva, la respuesta refiere necesariamente a un sinnúmero de acciones y actores sociales que, desde distintas perspectivas, pueden ayudar a construir caminos para lograr dicha apropiación. Es entonces una respuesta múltiple, por lo que la apuesta se fundamenta en hacer visibles las corresponsabilidades de dichas construcciones que, de paso, permiten desplegar la diversidad de for-

mas de apropiación y resolución que tiene cada comunidad. En síntesis, la pedagogía de la memoria histórica es, inicialmente, una discusión sobre el cómo, es decir, sobre los caminos posibles.

Ahora bien, un actor fundamental en la definición de dichos caminos es el sistema educativo colombiano (en todos sus niveles), en tanto se trata de desarrollar aprendizaje y apropiación de la memoria histórica (esto es hacerla propia) sobre los hechos de violencia ocurridos durante el conflicto armado colombiano. Lo anterior vincula, entre otros, aquellos conceptos y acciones centrales expuestos en la Ley 1448 de 2011, que delimitan tanto el problema como la necesidad: reparación simbólica, garantías de no repetición, derechos humanos y Derecho Internacional Humanitario, Constitución Política de Colombia y pedagogía para la paz.

En el contexto del diseño y desarrollo curricular, podría expresarse en el desarrollo de las competencias del científico social: ¿cómo aproximarse críticamente a la historia sobre el conflicto armado colombiano? ¿Cómo entretrejer la historia individual de los niños, niñas y adolescentes con el relato histórico en función de la construcción de paz? ¿Cómo acceder críticamente a las fuentes de dicho relato? Y en el contexto de la práctica, la experiencia de los profesores, quienes han tenido que responder al problema al interior de sus aulas y con sus propias herramientas en los últimos años, aporta puntos de llegada y de salida para la reflexión educativa.

Por otra parte, por la condición documental de los insumos que se han generado en distintos escenarios alrededor del conflicto armado colombiano y que en conjunto constituyen el acervo documental que da cuenta del fenómeno (informes resultado de investigación, documentos analíticos, apuestas metodológicas y pedagógicas, testimonios, documentales, crónicas, noticias, expresiones artísticas, iniciativas de memoria y otro tipo de expresiones), emerge la biblioteca como un actor y un aliado en la apropiación social de la memoria histórica. Organizadas en redes (nacional, departamental, municipal), su alcance, en términos de acceso, es el conjunto de ciudadanos colombianos que no necesariamente están en el entorno académico.

Las bibliotecas son así escenarios sociales presentes en todas las regiones, a partir de los cuales se puede proyectar la capacidad de ofrecer un acceso efectivo al acervo documental del conflicto armado colombiano, desde su catalogación, su circulación y su promoción; es decir, su inclusión en la agenda cultural de las bibliotecas.

En síntesis, reflexionar en torno a la necesidad de una apropiación social efectiva de la memoria histórica es inicialmente reconocer que es un reto estatal, y por tanto, interinstitucional y regional, lo que necesariamente garantizaría que dicha apropiación tuviera los matices propios del problema que se quiere abordar y de las herramientas necesarias para hacerlo. 

La escuela, la biblioteca, los museos y lugares de memoria cumplen un papel fundamental para la construcción de memoria histórica y la comprensión del conflicto armado. La pedagogía enriquece las posibilidades de apropiación social en las comunidades.

Foto: Julio Alexander Castellanos Morales





# La memoria que viaja por Macondo

Por: Jadín Samit Vergara  
*Estrategia Bibliotecas con  
Memoria CNMH*



A bordo de un vagón tirado por una moto, la biblioteca recorre los caminos de Aracataca –como se conoce en el mundo real al Macondo de Gabriel García Márquez– hasta sectores rurales donde las comunidades no tienen acceso a los libros.

Aracataca es reconocido en el país por ser el lugar donde nació Gabriel García Márquez. En los últimos años se han renovado y abierto museos y casas emblemáticas como homenaje, tanto así que se ha convertido en un punto de referencia para muchos colombianos y extranjeros que buscan el Macondo de Cien años de soledad.

“Antes de eso, este pueblo era famoso solo por la pobreza, que aún tenemos. En Santa Marta decían que Aracataca quedaba donde el diablo perdió el trinche”, afirma Wilfrido Mercado, Secretario de Desarrollo Social del municipio. Es uno de los muchos chistes que tienen en el Caribe para explicar que algo queda lejos.

Así como Macondo, Aracataca, a solo una hora de Santa Marta, es un lugar de contradicciones: a pesar de haber dado al único Nobel de Literatura del país, solo tiene dos bibliotecas públicas para los casi 23.000 habitantes que según el DANE viven en la cabecera municipal y 15.000 de seis corregimientos y sus veredas.

“Si las bibliotecas quedan en la cabecera municipal, ¿qué hacemos con toda la gente que vive a kilómetros de aquí, en las veredas y en la sierra, que no tienen ni para comer y menos

**“(…) una moto que viaja a corregimientos y veredas con lluvia, sol y en medio de un polvorín inmenso, para llevar historias e imaginación a quienes no pueden venir hasta la biblioteca”.**



para venir a leer?”, reflexiona Óscar Fernández, el responsable de la Biblioteca Pública Gabriel García Márquez.

Como una forma para generar espacios de encuentro en zonas rurales y rurales dispersas, desde el primer semestre de 2019 se puso en marcha la Biblioteca móvil o Bibliomoto: un vagón de casi dos metros cuadrados, arrastrado por una moto, con más de 200 libros de distintos géneros.

“Esto sí que supera al famoso realismo mágico de Gabo. Imagínense ustedes una moto que viaja a los corregimientos y veredas, con lluvia, sol y en medio de un polvorín inmenso, para llevar historias e imaginación a quienes no pueden venir hasta la biblioteca. Esto es una locura que difícilmente podría haberme imaginado antes”, explica Doris Marina Bernal, responsable de la promoción de lectura y también conductora del vehículo.

La Bibliomoto, donada por Findeter como parte de su programa de Ciudades Sostenibles y Competitivas, hace recorridos que duran entre 30 minutos y una hora por carreteras y caminos abiertos, llevando libros de literatura para niños, la colección de Gabriel García

#### **BIBLIOTECAS CON MEMORIA CNMH**

Es una iniciativa de la Estrategia de Comunicaciones del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) que busca dotar a todas las bibliotecas públicas, privadas, escolares y universitarias del país, además de centros de documentación, casas de cultura y centros de lectura, con los materiales (libros, cajas sonoras y documentales) sobre la memoria histórica del conflicto armado colombiano.

Márquez, material audiovisual y más de 80 títulos sobre el conflicto armado donados por la estrategia Bibliotecas con Memoria del CNMH.

Es difícil llegar a algunas veredas, cuenta Doris. “Cuando no es el polvo que no te deja ver, es la lluvia que hace unos charcos inmensos. Pero al final todo vale la pena porque muchos niños y niñas nos esperan para hacer las tareas, pues en sus escuelas no tienen material suficiente ni literatura juvenil”.

A veces también llevan documentales, como *Pueblo sin tierra* (sobre desplazamiento forzado) o *Sin tiempo para olvidar* (sobre conflicto armado en general) y hacen proyecciones y foros en escuelas, parques o iglesias. “Nos cargamos un computador, un video beam, un termo de café, un parlante y arrancamos, ¡esto es como llevar un cine! No se imaginan la cantidad de gente, sobre todo víctimas del conflicto armado, que llega a estas proyecciones”, cuenta Doris.

Y es que este tipo de actividades no son casuales. De los 37.476 habitantes que tiene Aracataca, 13.26611 (35,4 %) se encuentran registrados como víctimas del conflicto armado. El desplazamiento forzado es el principal hecho victimizante.

Mónica Amarís, quien hace más de diez años huyó para refugiarse de la violencia en Aracataca, usa con frecuencia los servicios de la Bibliomoto. “Esta es una oportunidad para mirarnos y reconocer que esto no puede volver a pasarnos. Es importante que nuestros niños y jóvenes lean la historia y la trabajen

<sup>1</sup> Dato tomado de la Red Nacional de Información de la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas (UARIV) con corte al 1.º de septiembre de 2019.

en clases para que entiendan el dolor y el sufrimiento que vivieron sus padres y abuelos”, señala.

Según Wilfrido Mercado, lo esencial de este tipo de proyectos “es que van más allá de la promoción de lectura: se trata de generar espacios que nos ayuden a romper las brechas de desigualdad, no solo frente al resto del país, sino entre las personas que viven en el municipio. Es como si existieran dos Aracataca, una urbana, que es referente turístico y otra rural, muy pobre, donde no hay posibilidades de nada”.

De hecho, cerca del 60 % de las más de mil personas que usan cada mes los servicios de la biblioteca móvil son niñas, niños y adolescentes entre 7 y 16 años. “A veces nos ponen tareas como leer un libro, cualquiera de literatura, y como no tenemos en el colegio y tampoco podemos comprarlo, entonces venimos cuando la Bibliomoto está en el parque”, afirma Maira Alejandra, estudiante de octavo grado en el corregimiento de Cauca.

## A pesar de haber dado al único Nobel de Literatura del país, Aracataca solo tiene dos bibliotecas públicas.

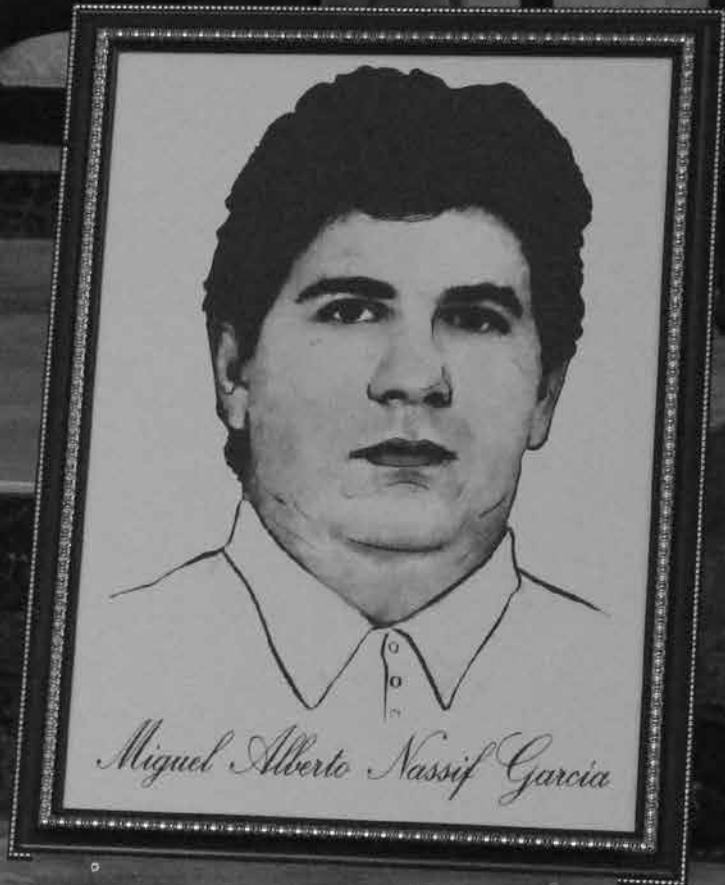


Según el personero municipal, Fabián Marriaga, “una de las grandes preocupaciones es que más del 60 % de las víctimas de Aracataca viven en zonas rurales en condiciones de vulnerabilidad y pobreza, y ahí la lectura es fundamental para romper esos círculos”, lo cual justifica que el foco de la biblioteca móvil sea precisamente llevar libros a las veredas.

Pero las condiciones de los corregimientos son tan complejas, al igual que en otros lugares de Colombia, que la Bibliomoto se queda corta: ¡ahora quieren un Biblioburro! Doris y Óscar coinciden en que esta es una buena alternativa para ampliar el impacto, pues muchas veredas tienen problemas de acceso y solo se llega por caminos montañosos, por donde no pasa ni una moto.

45

días sin  
olvido  
en las  
montañas  
de Cali



Miguel Alberto  
Nassif, Carlos Alberto  
García y Alejandro  
Henaó murieron  
como consecuencia  
del secuestro.

Foto: Luis Grisales



15 meses después del secuestro de 194 personas en la iglesia La María, el frente José María Becerra del Eln revivió en el sector del Kilómetro 18 la angustia del cautiverio para 66 personas y sus familias. Tres de ellas murieron.

**Por:**  
José Fernando Loaiza Bran  
*Estrategia de Comunicaciones CNMH*

**G**uerrilleros del frente José María Becerra del Eln se convirtieron en la pesadilla para quienes pasaban la tarde del domingo 17 de septiembre de 2000 —Día de Amor y Amistad— en el sector del Kilómetro 18, a las afueras de Cali. Usando uniformes militares y brazaletes de la Sijin (Seccional de Investigación Criminal), la mayoría con botas de caucho y fusiles de diferentes calibres, invadieron dos restaurantes, una hacienda de recreo y otros negocios entre los kilómetros 16 y 18 de la vía a Buenaventura, y secuestraron a 66 personas.

Eran días de temor en las carreteras por las “pescas milagrosas”, como se conocía a los retenes ilegales que improvisaban grupos guerrilleros para asaltar y secuestrar. Eran también los días de fortalecimiento de la guerrilla en medio de los diálogos de paz del Caguán, y de las masacres perpetradas por grupos paramilitares en diversas regiones del país. Habían pasado 15 meses desde el secuestro de 194 personas en la iglesia La María, en el sur de Cali, y a pesar de las advertencias del alcalde de la ciudad y el gobernador del Valle sobre los recorridos de esa facción del Eln por los caminos que llevan hacia los Farallones de Cali, volvieron a asestar un golpe con la misma estrategia.

Los guerrilleros se dividieron en grupos. Unos hicieron el retén y obligaron al conductor de un bus intermunicipal a atravesar el vehículo en la carretera. Otros llegaron a la Hacienda Normandía, en la vereda San Miguel del corregimiento El Saladito, de Cali, y se llevaron al médico Eduardo de Lima (hermano de Ernesto de Lima, expresidente del Comité Empresarial Permanente del Valle), a su esposa Elena, a Rodrigo Sardi de Lima, a Norma Sardi de Lima y otros más, en dos camionetas y siguieron con asaltos en los restaurantes y negocios ubicados en la vía.

Marcela Betancourt y su esposo Juan Carlos Giraldo celebraban sus primeros seis meses de casados en el restaurante La Embajada de Ginebra. En el balcón trasero, desde donde impresiona la vista de las montañas y el bosque, compartían con Luz Amanda y Evelyn Artea-

... llegaron los  
guerrilleros  
apuntando con sus  
fusiles, agruparon  
a la gente en  
el restaurante,  
pidieron a gritos  
las llaves de  
determinados  
vehículos.

El ELN se pasea "como Pedro por su casa" en los Farallones: Juan Fernando Bonilla

# "Fue un secuestro anunciado"

EN TOTAL, EL DOMINGO fueron plagiadas 61 personas, de las cuales 21 ya quedaron en libertad.

"Estamos aburridos de saber dónde está el redacto del ELN, cómo suben a la montaña, por dónde bajan, cómo son sus cambuches, dónde trabajan, y realmente creo que el Estado no puede seguir haciéndose el de la vista gorda y dejar que la ciudadanía continúe este grado de indefensión".

En estos términos, el gobernador del Valle, Juan Fernando Bonilla, denunció la pasividad de las autoridades frente a la presencia subversiva en los cerros tutelajes de Cali, hecho que, según él, facilitó la acción de los guerrilleros del ELN que secuestraron a 61 personas en la carretera al mar el domingo pasado.

"Este fue un secuestro anunciado", dijo el Gobernador, al tiempo que enfatizó: "El ELN sigue caminando como Pedro por su casa a pesar de que es un grupo muy pequeño y con una capacidad operativa muy limitada".

Al término de un consejo de seguridad desarrollado ayer en Cali, el presidente Andrés Pastrana anunció la creación de un grupo fijo, conformado por unidades de la Policía y el Ejército, las cuales estarán dedicadas a la labor de reacción inmediata en la zona rural de la ciudad.

Entre tanto, quince de los secuestrados recuperaron la libertad ayer, con lo cual el número total de liberados ascendió a 21. "Esta es una experiencia muy dolorosa para este país. No es justo que secuestren a gente buena. Colombia no merece esta tontería", dijo Elena Gould de Delima, una de las plagiadas.



Después de permanecer 19 horas en poder del Ejército de Liberación Nacional, Elena Gould de Delima se reencontró con su esposo, Eduardo Delima. Ambos fueron secuestrados el domingo pasado en la Hacienda Normandía, junto a Norma Delima y Rodrigo Sardi.

EL PRESIDENTE anunció la creación de un grupo fijo de reacción rápida en la zona rural de la ciudad.

## Índice

- ▶ **UN ENERGICO RECHAZO**  
al plagio de la carretera al mar formularon diversos estamentos de la región y el país. **A6**
- ▶ **EL NUEVO SECUESTRO**  
nuevo paso en entredicho los diálogos del Gobierno con el ELN. **A6**
- ▶ **"NOS PREGUNTABAN**  
qué hacíamos cada uno de nosotros, en qué trabajábamos y luego confirmación con una llamada". Testimonios. **A7**
- ▶ **"AMOR, TEN PACIENCIA**  
No sé cómo pasó esto, si estábamos celebrando el día del amor y la amistad". Mensajes. **A7**
- ▶ **CALI, UN CORREDOR**  
estratégico para la exportación de narcóticos y el ingreso de armas para la guerrilla. Análisis. **A8**
- ▶ **HOY, A LAS 5:00 P.M.**, en la zona de distensión, el señor Isías Duarte Cancino oficiará una misa por los secuestrados. **A8**

Las víctimas lamentan el olvido de este hecho en distintos niveles del Estado y la sociedad.

Reclaman, además, verdad, justicia y reparación.

Foto: Periódico El País

ga, primas de Juan Carlos, y James Aristizábal, novio de Evelyn. Más tarde serían "el grupo de los cinco" en diversos reportes de prensa.

A las cuatro de la tarde llegaron los guerrilleros apuntando con sus fusiles, agruparon a la gente en el restaurante, pidieron a gritos las llaves de determinados vehículos parqueados afuera. Luego seleccionaron a sus víctimas, les quitaron sus teléfonos celulares y separaron a los hombres de las mujeres. Entre los secuestrados estarían los dueños del negocio, los esposos Álvaro González y Olga Ledesma. Lourdes Mesa, que abrazaba a sus dos hijos pequeños, vio cómo se llevaban afuera a su esposo, Alejandro Henao, amenazado con un arma. En medio de la desesperación, le dijo: "Flaco, te amo". Fue la última vez que lo vio con vida.

La misma mecánica se impuso en el asadero La Cabaña, donde secuestraron a unas 30 personas, entre ellas a los médicos Miguel Nassif y Alberto Negrete. Los guerrilleros condujeron los vehículos en los que estas personas habían llegado con sus familias, y aquella caravana con los rehenes avanzó hacia el Parque Natural Los Faralones, por una carretera que conduce al corregimiento de Tocotá, en la zona rural entre Cali y Dagua. Llegaron hasta donde era posible avanzar por la carretera y luego abandonaron los carros y los obligaron a caminar por la montaña lo que quedaba de la tarde y parte de la noche.

Las caminatas se volvieron la rutina de los días de cautiverio. Los guerrilleros despertaban al grupo de secuestrados entre las cuatro y las cinco de la madrugada y los obligaban a seguirles el paso por trochas difíciles hasta que llegaba la noche. Varias veces tuvieron que seguir caminando a tientas, apenas con la luz de la luna, para hacer más difícil que el Ejército los siguiera entre las sombras de esa selva espesa de montañas que se levantan hasta los 4.000 metros de altura entre Cali y el Pacífico. Por el camino iban descartando a los rehenes que no tenían los medios para un rescate.

“Un guerrillero nos pidió los teléfonos de las casas y por un celular confirmaba los datos que le dábamos. Cuando se enteraron de que yo vivía en el Distrito de Aguablanca me dejaron libre”, recuerda Nubia Sánchez.

El presidente Andrés Pastrana encargó a la Fuerza de Despliegue Rápido, unidad militar comandada por el general Carlos Alberto Fracica, las operaciones para dar con los secuestrados. Helicópteros y tropas trazaron un cerco en los límites de los departamentos de Valle y Cauca. En Cali se intensificaron los operativos contra estructuras urbanas del Eln encargadas de que llegaran suministros hasta los escondites de los secuestradores por la Cordillera Oriental. En las primeras 48 horas del secuestro fueron liberadas 21 personas que, perdidas por trochas que atravesaban selva, niebla, frío y lluvia, buscaban la libertad cuesta abajo. Los secuestrados apenas tomaban un café y comían un pedazo de pan en el día o compartían una lata de atún entre varios; arrancaban limones de los árboles, si encontraban, y se comían hasta las cáscaras.

A la ofensiva militar siguieron las negociaciones por la liberación de todos los secuestrados. En la selva, el comisionado de paz del Gobierno, Camilo Gómez, tuvo a cargo los acercamientos con el grupo de guerrilleros cada vez más acorralados por el Ejército; así como tam-



Durante 45 días las páginas de los periódicos contaron la angustia de los familiares por el desenlace de este secuestro masivo en zona rural de Cali.

bién las conversaciones con miembros del comando central del Eln como Francisco Galán y Felipe Torres, presos en la cárcel de Itagüí, en Antioquia.

Entre la presión, las negociaciones y el hambre quedaron libres otros secuestrados. Cuando Álvaro González y Olga Ledesma, los dueños de La Embajada de Ginebra, escucharon que podían irse, se quedaron abrazados sin poder dormir, en un cambuche con dos colchones viejos y un par de cobijas, esperando a que amaneciera. “No nos movimos de ese lugar y ya al amanecer, ayudados por campesinos de la zona, iniciamos nuestro regreso a casa”, recuerdan. Otro grupo fue liberado en el corregimiento Los Andes el 20 de septiembre. Y al día siguiente, José Leonardo Cárdenas se fugó de sus captores en medio de un combate entre los guerrilleros y el Ejército en la vereda Tocotá, del corregimiento de Felidia, también en zona rural de Cali.

Pero no todo fueron buenas noticias y el fin de la pesadilla para todos los secuestrados y sus familias. El médico Miguel Antonio Nassif llevaba cinco días abandonado solo en las montañas de Jamundí, sin agua ni comida, con una afección pulmonar y una infección severa en la zona inguinal provocada por una herida que sufrió en las difíciles caminatas, cuando lo encontraron hombres del Ejército. Murió en Cali, el 10 de octubre, y dejó a dos niñas de 4 y 10 años.

Una comisión humanitaria, encabezada por el comisionado Camilo Gómez, recibió en las montañas a varios secuestrados con problemas de salud; pero también debieron llevar a Cali el cadáver del comerciante Carlos Alberto García, quien falleció una semana después del secuestro, y la noticia de la muerte de Alejandro Henao Botero. Carlos Alberto era aficionado a las motos. Le encantaba sentir el poder de su Harley-Davidson subiendo al Kilómetro 18 con sus amigos del club Águilas Negras. Murió por una úlcera que se le agravó en el cautiverio. Tenía 48 años. Alejandro, que salió de La Embajada de Ginebra con un fusil apuntando y la despedida de su esposa —Flaco, te amo—, murió por una gangrena que inició en una herida abierta en uno de sus pies y una condición de extrema debilidad.

A las seis semanas del secuestro habían sido dismantelados varios campamentos de los guerrilleros y algunos de ellos habían caído capturados o muertos. Aunque las condiciones cada vez eran más difíciles para los secuestradores, todavía tenían en su poder a 20 secuestrados que usaban para presionar un cese de las operaciones militares. El 31 de octubre, como parte de los acuerdos humanitarios, tres de los rehenes regresaron en un helicóptero de la Tercera Briga-



Así registró el periódico El País, principal diario de Cali, la liberación del último grupo de secuestrados en poder del Eln.

da del Ejército. Y al día siguiente, quedaron en libertad las últimas personas que permanecían en poder de la guerrilla.

Luego de la angustia que se prolongó por 45 días para los secuestrados y sus familias, los guerrilleros tuvieron 100 horas para escapar. Una gran parte de las víctimas del secuestro se exiliaron del país, huyendo de los cobros extorsivos. No hubo tregua que espantara el miedo y el dolor de los recuerdos.





La equidad  
es de todos

Prosperidad  
Social



Centro Nacional  
de Memoria Histórica



Contando la guerra en Colombia

# ¿QUÉ ES EL OBSERVATORIO DE MEMORIA Y CONFLICTO?



Es un proceso estratégico orientado a la planificación, producción, acopio, procesamiento, análisis y difusión de información estadística y geográfica, a través de informes y estudios que contribuyan con el deber de memoria del Estado al esclarecimiento histórico, la reparación simbólica y la no repetición, en lo relativo a las graves violaciones del DD.HH. y el DIH ocurridas en el marco del conflicto armado colombiano.

**VISITA Y CONSULTA NUESTRA PÁGINA EN:**

<http://centrodememoriahistorica.gov.co/observatorio/>

# SANACIONES

DIÁLOGOS DE LA MEMORIA

Únete a la conversación nacional  
sobre la sanación y las memorias  
de los pueblos indígenas.

**Visita:**

[www.museodememoria.gov.co/sanaciones/](http://www.museodememoria.gov.co/sanaciones/)

Museo de  
**MEMORIA**  
de Colombia



La prosperidad  
es de todos

DPS  
Departamento para  
la Prosperidad Social



Centro Nacional  
de Memoria Histórica